

¡KI-AI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

LOS CRUZADOS AMARILLOS







COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA EDITORIAL

33- Café con Yama-Zuki — *Ralph Barby.*

34- Los jarrones de la muerte — *Curtís Garland.*

35- La estrella de Lorna Mili — *Clark Carrados.*

36- El signo del alacrán — *Curtís Garland.*

37- Un placer a su alcance — *Ralph Barby.*

CLARK CARRADOS

LOS CRUZADOS AMARILLOS

Colección ¡KIAI! n.° 38
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-04952-4

Depósito legal: B. 26.211 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: septiembre, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la

SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Mora la Nueva. 2.

Barcelona (España)

que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera**, **S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

Capítulo Primero

FIESTA BENEFICA

Frank Cale extrajo la tarjeta dorada del sobre de papel cremoso, fuerte, escrito a máquina, con un membrete también dorado.

Leyó el texto escrito en inglés, chino y japonés:

«La Federación Mundial de *Budokas,* en colaboración con *Kodokan*[1], invita a usted a la gran Convención Internacional Benéfica, que tendrá lugar en Nueva York, el día 5 de marzo de 1977, a las veinte horas, en los salones del hotel Waldorf Astoria. El acto será retransmitido por televisión a todo el país, con exhibición de *budokas* y recaudación de fondos para la infancia hambrienta del mundo, en colaboración con los organismos de las Naciones Unidas.

«Esperando su grata presencia y colaboración en dicho acto, saluda a usted muy atentamente,

»Hondo Sekata, Presidente de la Federación Mundial.»

—Son idénticas —suspiró Kwan Shang—. Las tres invitaciones iguales. Tenemos que asistir los tres, Frank.

—Sí, no podemos faltar. Especialmente, por el significado benéfico de la convención. No me gustan los exhibicionismos, pero no habrá otro remedio, al menos por una vez. Preparad todo. Volaremos mañana mismo rumbo a Nueva York.

—Por fortuna, no tenemos ningún otro asunto entre manos —apuntó Lena Tiger, abanicándose con su propia tarjeta de invitación—. Será como unas breves vacaciones.

— ¿Vacaciones en Nueva York? —Colé sacudió la cabeza—. Elegiría cualquier lugar del mundo para un descanso, menos esa

ciudad. Es un verdadero laberinto de cemento, humos y contaminación. A su lado, San Francisco es un paraíso.

—No lo pones muy bien —rió Kwan Shang—. De todos modos, Lena tiene razón en algo: eso nos servirá para relajar un poco nuestros nervios. Después de aquél endiablado asunto de los jarrones de la Dinastía Ming[2], creo que vale la pena olvidarse de problemas, limitándose a cenar, actuar para la televisión, y poner algo de dinero en esa recaudación benéfica. Incluso visitar la Estatua de la Libertad y el Empire State, como el más vulgar de los turistas.

—Yo optaré por las cataratas del Niágara —opinó Lena—. Me encanta la naturaleza.

—A la vista de lo sucedido, quizá tenga suerte y pueda asistir a un encuentro de *béisbol* donde actúen los *Yankees* —rió Colé—. Así, cada uno matará el tiempo a su modo.

—Perfecto —aprobó Shang—. Hecho el programa individual de festejos, vamos a preparar el viaje. ¿Utilizamos avión privado o...?

— ¡No, no! Línea regular, Kwan. Nada de medios abundantes. Esos quedan para otras cosas. Si tenemos avión, helicóptero y un yate, no es para alardear de ello, ni para utilizarlos en viajes de placer. Recordad nuestra promesa en el antiguo templo de Asia, cuando nos hicieron depositarios del tesoro. Sólo puede usarse esa fortuna en ayudar a los débiles, defender a los oprimidos, servir al bien y la justicia, por encima de todo[3]· Unicamente, cuando alguien nos necesita, debemos emplear todos los recursos posibles en su ayuda. Pero no para nuestro propio uso.

—Sí, es cierto —admitió Kwan—. Perdone. Iré a encargar esos pasajes para Nueva York...

Abandonó la sala, dejando solos a Lena y a Frank. Los dos jóvenes *budokas* se miraron un instante. Lena sonrió.

—Nunca pensé que el país me vería por televisión un día —

comentó frívolamente.

—Así son las cosas —se encogió de hombros Frank—. La fama no es ninguna bendición del cielo, Lena, puedes creerme. Yo disfruté de ella siendo actor cinematográfico, y no guardo buen recuerdo de ella. Me siento mucho más feliz siendo como soy ahora.

—Yo, en cambio, soy una novata en esas lides. Me gustará saberme famosa, al menos por unos minutos, cuando todo el país me vea hacer una exhibición ante las cámaras. Tal vez sea una frivolidad impropia de nosotros, pero no puedo evitarlo.

—Si no fuera así, no serías mujer —sonrió Colé.

— ¡Oh!; ¿pero te has dado cuenta de eso? —replicó Lena, irónica.

—Siempre lo he sabido. Desde el principio —la miró, pensativo —. Eres un mujer. Y muy atractiva, Lena, además de inteligente.

— ¡Oh, Frank!, esas palabras en tus labios... me emocionan —confesó ella, asombrada—. Eres maravilloso cuando te sientes galante. ¡Pero ocurre tan pocas veces...!

—No soy galante. Te dije la verdad, Lena.

—No parece que me mires como a una mujer, sin embargo —dijo ella, poniéndose en pie. Su elástica figura de pantera negra, caminó felinamente por la sala—. Al principio de conocerte, pensé si sería por el color de mi piel. Luego, comprendí que no existían prejuicios en ti. Y me sentí defraudada.

— ¿Por qué?

—Porque no te gustaba —sonrió ella con sus carnosos labios—. A las mujeres nos encanta gustar a los hombres. Sobre todo, a los guapos. Y tú, sólo me tratas como a una camarada, una amiga; una simple compañera de aventuras. Nada más.

—Lena, nunca he pensado en unir mi vida sentimentalmente a una mujer —suspiró Colé—. Nuestra forma de vida, haría peligrosa

esa unión. Cualquiera podría aprovecharse de la circunstancia y coaccionarme a través de mi esposa. No sólo tú, Lena, sino mujer alguna. Es preferible luchar con las manos libres, sin temores. Con la sola preocupación de defender la propia vida, no la del ser querido.

—No hace falta que te cases conmigo —apuntó Lena, maliciosa, apoyando las manos en sus cimbreantes caderas—. Estoy dispuesta a ser tu amante, Frank. Y a que nuestros posibles enemigos lo ignoren.

—Lena... —la miró, con sorpresa—. ¿Te estás declarándome?

—Me ofrezco a ti —sonrió ella—. Por ti, haría lo que fuese, Frank.

—Lena... —él desvió la mirada. Su rostro se tornó hermético—. No sé si estoy enamorado de ti. Y no quiero preguntármelo. Prefiero seguirlo ignorando. Es mejor así. Para los dos.

—A eso le llamo yo dar calabazas —rió la joven mulata, con una mezcla de humor y de suave amargura.

—No, Lena, no es eso, y tú lo sabes —ahora sí la miró fijamente, e incluso se aproximó, y puso sus manos fuertes sobre los hombros de la hermosa muchacha de color—. Cuando esté seguro de algo...

— ¿Qué? —ella le miraba, de muy cerca, entreabría su boca carnosa, sensual, dejando ver su rosada lengua entre los blancos dientes. El cuerpo color canela bronceada, palpitaba, cálido, cerca de Colé. La punta erecta de sus pechos juveniles, rozaban el torso del rubio ex actor, convertido en el primer *budoka* del grupo conocido como *Los Tres Dragones de Oro*—. ¿Qué, Frank?

—Cuando esté seguro... será para tomar una decisión firme. Para hacerte mi compañera de toda la vida, Lena —dijo él con voz grave, serena.

—Frank, ¿por qué no tomas alguna vez... esa decisión? —susurró Lena, acercando más y más sus labios gordezuelos a la boca del rubio norteamericano—. ¡Ahora, por ejemplo...! Nueva York sería... como

una luna de miel…

Las manos de ella se elevaron, rodeándole el cuello. Arañaron suavemente su nuca. Se pegó a Colé. Senos y muslos se apretaron contra él, estremecidos. La carne morena vibraba de pasión.

Frank se inclinó. Casi rozaba ya la boca de ella. Iban a unirse, en un contacto ardiente. El aliento de cada uno, rozaba al otro. Los ojos se cerraban.

En aquel momento, sonó la alarma electrónica dentro de la residencia de Telegraph Hill, donde *Los Tres Dragones de Oro* vivían desde su unión, protegidos de enemigos del exterior por una serie de circuitos electrónicos de seguridad.

En un panel del muro, se encendió una luz roja que parpadeó, mientras de alguna parte surgía un zumbido de alerta, repetido y monocorde.

Colé y Lena se separaron inmediatamente, con un leve sobresalto. El hechizo de un momento, se había roto en el momento más inoportuno. Ahora ya no eran el hombre y la mujer de un segundo antes.

Eran dos *Dragones de Oro,* a la expectativa de un cercano peligro.

* * *

Otro papel mostraba sobre un fondo luminoso, los corredores y estancias de la casa, en un plano exacto. Una luz se movía por esos corredores, en dirección al punto donde ellos se encontraban.

Era el detector, la señal electrónica de la presencia de un intruso en la vivienda. Solamente un extraño sería capaz de pasar a través de los sensores, sin advertirlo, poniendo en marcha el sistema de seguridad automáticamente.

— ¿Quién puede ser? —murmuró Lena, con voz tensa.

—No lo sé —dijo Colé, pensativo, siguiendo con la mirada aquel punto móvil de luz—. Pero quien sea, sabe cómo está distribuida la casa. Viene directamente hacia acá.

Colé abrió un compartimento en el muro. Pulsó unas teclas rápidamente. En el plano luminoso, pestañeó un círculo de luz más pequeño, sobre el que se movía, en color rojo.

—Va armado —dijo Colé—. El detector de metales señala la presencia de un objeto metálico lo bastante pesado y voluminoso para ser un arma, y no una hebilla o un simple botón, Lena.

—Podemos avisar a los sirvientes —ella adelantó su mano oscura hacia las teclas.

—No —cortó Colé—. Espera. Hay algo raro en esa persona que se ha introducido en la casa.

— ¿Raro? ¿En qué sentido? —Lena le miró, pensativa, con gesto de preocupación y extrañeza.

—Es lo que quiero averiguar. De todos modos, no es un intruso vulgar.

— ¿En qué le basas para pensar así? Es un intruso, va armado y eso es bastante, ¿no?

—Tal vez no. No comete un solo fallo. Recorre la casa con absoluta perfección y seguridad. Solamente conociendo el plano minuciosamente, vendría tan en línea recta hacia acá.

—Puede ser, simplemente, casual. Eligió un camino, y éste le conduce hasta aquí. ¿No es eso posible, Frank?

—Podría serlo. O quizá no, Lena. Espera aún. No llames a .nadie. Sitúate allí, junto a la puerta, y espera. No te muevas hasta que yo no te lo indique con un gesto.

Lena asintió, situándose a un 'lado de la puerta que daba acceso a la habitación, allí donde, al abrirse, permanecería ella oculta, a espaldas del visitante.

Colé, a su vez, apagó los detectores y el plano luminoso. Cuando el círculo móvil de luz blanca, con el destello rojo del detector de metales, estaba justamente ante la puerta, disponiéndose a franquearla.

Un instante después, la puerta se abría, pese al dispositivo de seguridad que lo impedía, mientras Colé no la accionase.

Sin pestañear, el joven *budoka* de cabellos rubios y figura atlética, esperó la entrada del extraño.

Luego, éste y él se miraron cara a cara.

Y estalló la violencia.

* * *

Lo cierto es que la apariencia del intruso, en nada revelaba espíritu violento.

Es más: tenía atributos sobre sí como para imaginarlo pacífico, amante de la serenidad y enemigo de toda beligerancia. Atributos sagrados, a juicio de Frank Colé.

Porque el desconocido, vestía de amarillo. Enteramente de amarillo, como un monje budista. Y un monje budista, un religioso que siga las enseñanzas de Buda, apelará a todo, menos a la violencia. Será capaz, incluso, de quemarse vivo, para protestar por cualquier violencia. Pero jamás atacará a los demás. Nunca se mostrará agresivo. Su fe se lo impide. Un monje budista, no lucha. Un creyente, aunque no sea monje, busca la persuasión por medio de la paz y del diálogo amable.

Y, sin embargo, aquel hombre hizo todo lo contrario, pese a vestir aquellas prendas amarillas que le identificaban como budista. Atacó. Fue violento.

El objetivo de su ataque, era Cale. Y actuó tan velozmente, que

incluso sorprendió a Lena Tiger, situada a su espalda, incapaz de reaccionar oportunamente. Cuando quiso inmovilizar al intruso había perdido una fracción de segundo, realmente preciosa. El visitante proyectaba su cuerpo sobre Colé, con un impulso formidable, hendiendo el aire, mientras de todo su ser brotaba el grito ronco, enervante, explosión de su concentración física y mental:

— ¡*KIAI!*

Frank Colé tuvo el tiempo justo para ponerse en guardia ante aquel devastador ataque de su enemigo, cuya proyección en *Yop Cita Ki,* dentro de una pura técnica del *Tae Kwon Do,* buscaba alcanzar su cabeza con un formidable golpe de talón en su rostro. Un golpe que según el *atemi o* punto vital donde fuese descargado, podía llevar desde el desvanecimiento, hasta la misma muerte.

Rápido, siguiendo los reflejos fulminantes de su mente, Colé se cubrió del ataque en *Tate Hiji Ate,* situando ante su cabeza y rostro el antebrazo derecho, con el codo hacia adelante. Este se estrelló, duro y pétreo, en el pie proyectado del enemigo.

Simultáneamente, Colé movió su mano zurda, en *Ahito Uchi,* clavando el borde de la misma, en forma de sable, sobre el *inazuma* o flanco de su adversario. Era una *kata* seca y contundente, que hizo poner los ojos en blanco al agresor. Vaciló éste, ai borde del desvanecimiento, mirando con estupor a Frank Colé.

Lena no intervino, aunque estaba ya muy cerca, a espaldas del atacante. Sabía que Frank controlaba perfectamente la situación. No hubiera sido ético en un *budoka,* ni siquiera ante un agresor de intenciones criminales, intervenir en favor de su camarada. La lucha, ahora, era una cuestión de honor entre ambos hombres.

Frank resolvió esa lucha con rapidez. No quería prolongar demasiado el embate, por si su sorprendente rival guardaba algún empeño criminal en aquel ataque.

El joven *karateka,* ante la vacilación del intruso, que bordeaba ya claramente el *knock out,* le lanzó un seco, preciso *Ushiro-Geri-Chodan, o* golpe lateral de talón, y alcanzó el estómago del vacilante adversario.

El golpe, que era violento y eficaz, terminó con el agresor. Este exhaló un gemido ronco, y se desplomó a los pies de Colé, sin un solo movimiento más. El joven contempló al vencido con expresión de indiferencia. Levantó luego sus ojos hacia Lena, que sonreía, aunque algo pensativa.

—Ahora —dijo Frank—, veamos quién es este caballero de túnica amarilla bajo una gabardina también amarilla… y por qué vino aquí en busca de problemas.

Contempló el rostro del caído, sereno y apacible ahora, a pesar del rictus de dolor que quedara impreso en su rostro. Era el de un hombre joven aún, fuerte y de baja estatura. Sus facciones eran las de un oriental muy occidentalizado, sobre todo en peinado, y que quizá fuese mezcla de japonés y occidental.

Buscó en sus bolsillos. No encontró la menor señal de identificación, ya fuese un documento, una etiqueta o algo parecido. Nada en absoluto. Solamente un pequeño ingenio, que examinó, pensativo. Parecía una calculadora de bolsillo para simples operaciones matemáticas, operada a transistores. Pero no lo era.

Colé la accionó. Su puerta se abrió, pese al sistema de seguridad electrónico. Movió otro de los botones, y las luces oscilaron en la casa. Probó con otro, y en el panel se encendió una luz roja, mientras la pantalla de un computador advertía, en letras igualmente rojas:

CIRCUITOS DE SEGURIDAD DESACTIVADOS

—Muy curioso… —Colé dejó de oprimir los pequeños botones de

aquella pequeña pieza electrónica—. Así le fue posible orientarse, llegar hasta aquí... ¿Quién habrá elaborado un instrumento tan pequeño y eficaz?

Se inclinó, al notar síntomas de recuperación en su víctima. Esperó, paciente, con Lena a su lado, estudiando ésta la pequeña computadora sin tocarla. El oriental se recuperó lentamente.

Abrió sus ojos, ligeramente almendrados. Miró a Colé, asombrado. Y con mayor expresión de sorpresa, a Lena Tiger. Luego, sacudió la cabeza.

— ¿Qué sucede? ¿Dónde estoy?

—Debería recordarlo —dijo secamente Frank—. Está en una casa ajena. Me atacó. Y tuve que reducirle. Ahora, es usted quien debe contestar a varias preguntas, ¿no cree?

El intruso clavaba en él unos ojos que revelaban un inmenso estupor. Ni siquiera respondió cosa alguna, limitándose a mirar en tomo con gesto estúpido, como si no pudiera entender nada de nada. Luego, se miró sus ropas amarillas y el gesto de estupefacción subió de grado.

—Para empezar —dijo Colé—. ¿Quién es usted? ¿Cuál es su nombre y por qué ha venido?

El interrogado volvió a sacudir la cabeza. Miró a Frank con aparente sinceridad.

—No lo sé —manifestó—. No sé quién soy, no recuerdo cómo me llamo... ni qué hago aquí. Se lo juro, señor.

En ese momento, Kwan Shang, que volvía a la estancia, se quedó parado en el umbral, con gesto de inmensa perplejidad, contemplando al hombre a quien Colé interrogaba.

— ¡Shato Kodake! —exclamó—. ¡Mi compañero y amigo en el *dojo* donde practicaba al llegar a los Estados Unidos! ¿Qué haces tú aquí?

Capítulo II

DROGA HUMEANTE

—Ya sabemos, al menos, cuál es el nombre. ¿Y lo demás?

—Sigo sin recordar nada. Absolutamente nada. Lo siento.

— ¿Ni siquiera me recuerdas a mí, Shato?

—No. Ni lo más mínimo. No sé ni quién soy.

—Ya te lo he dicho —suspiró Kwan, mirándole preocupado—. Eres Shato Kodake, un excelente luchador, alumno del mismo *dojo* que yo frecuentaba cuando llegué a San Francisco... Un joven japonés, de padre nacido en Tokio y madre inglesa... Un buen chico siempre. No entiendo qué te pasó para venir aquí y atacar a mi amigo Colé... Tú ni siquiera sabías que yo ahora viviese aquí. Hace tiempo que no nos vemos, Shato.

El gesto del rostro del oriental, era de total aturdimiento, como si no entendiera nada de nada. Miró la pequeña computadora, que Lena mostraba a Kwan, con la misma ausencia de emociones. Colé estudiaba en silencio a su adversario de poco antes. Ahora, toda belicosidad, todo impulso agresivo, parecía haber huido del joven japonés, como si nunca hubiera existido en él. Pero existió, y eso es lo que más intrigaba a Frank.

—Aquí sucede algo muy extraño —dijo Colé bruscamente. Miró a Kwan, pensativo—. Recuerdo que, una vez, hiciste algo en un avión, para evitar un desastre aéreo... Algo que te permitió saber lo que necesitabas saber, justo a tiempo, ¿no lo recuerdas tú, Kwan?

—Sí —los ojos de Kwan brillaron—. Claro que lo recuerdo. Es algo que difícilmente olvidaré nunca. Por entonces, yo no era un *Dragón de Oro*[4].

—Pues creo que ha llegado el momento de que intentes algo parecido —sentenció el *budoka* americano, gravemente—. Tu amigo

Shato puede estarnos mintiendo a todos. O tal vez no. Es tarea tuya intentar averiguarlo, Kwan.

—Lo intentaré, cuando menos —se aproximó al desorientado japonés, y le miró fijamente a los ojos—. Shato, me gustaría saber la verdad. *Tu* verdad. No nos estarás engañando, ¿no es cierto?

—Juro que no —musitó el visitante—. No logro recordar absolutamente nada. Tengo mi mente en blanco. No entiendo nada de esto.

—Pues tienes que recordarlo. *Tienes* que esforzarte en recordarlo todo, Shato —insistió con voz persuasiva, pero suave, Kwan Shang, sin desviar sus ojos del japonés.

Al mismo tiempo, su mano estaba haciendo pendular, rítmicamente, un llavero de plata bruñida, que llevaba consigo. La luz, quebrándose en la superficie plateada, pasaba y repasaba ante los ojos de Shato. Lentamente, éstos fueron quedándose opacos, fijos en aquel monocorde reflejo. La voz de Kwan se hacía dulzona, penetrante, envolvente:

—Tienes que recordar… Has de saber quién eres y por qué estás aquí… Nos dirás la verdad, Shato. Eres nuestro amigo y tienes que decirnos *toda* la verdad. Aunque no puedas acordarte de nada, te esforzarás en ello, lo harás ahora mismo. ¿Verdad que lo harás?

Shato estaba rígido, sin pestañear. Una mano de Kwan aleteó suavemente ante sus almendrados ojos.

Ni se movieron las pupilas. El rostro era una máscara inexpresiva.

La voz pareció fluir de sus labios mágicamente, como si hablase por él un ventrílocuo invisible:

—Sí. Me esforzaré por recordar… Estoy recordando… Soy Shato. Shato Kodake. Soy tu amigo, Kwan Shang. fuimos compañeros de *dojo.* Luchamos muchas veces en el *Tatami,* y casi siempre me venciste, a

pesar de que yo soy un buen luchador... Ahora recuerdo.

— ¿Muy bien, Shato. Buen chico —aprobó Kwan, cambiando una mirada con Colé, que aprobó con la cabeza, indicándole que siguiera el interrogatorio—. Ahora, vas a recordar todo lo demás, y vas a decírselo a tu amigo Kwan. ¿Por qué viniste a esta casa, y por qué atacaste a mi amigo Colé? ¿Quién te facilitó esa computadora de bolsillo? ¿Qué buscabas aquí? Vamos, Shato, estoy esperando tus respuestas. Tienes que saberlas. Y vas a decírselas a tu amigo, ¿verdad?

Se agitó el japonés ahora. Respiraba hondo, se' movía levemente, como si estuviera inquieto, como si luchara con algo. Finalmente, manifestó con voz ronca, vacilante:

—No... no puedo recordar... Lo siento, pero... no puedo. Algo... algo me hizo olvidar. No sé quién me dio esa pequeña máquina. No sé por qué estoy aquí. Sé que tenía que hacer algo; que *alguien* me envió aquí... Sé que tenía que... que *matar*...

—Matar —repitió Kwan, estremeciéndose—, Shato, tú no eres un asesino. ¿Por qué matar?

—Era... era una orden. Tenía que hacerlo.

— ¿Te hipnotizó alguien para que lo hicieras? ¿Hubo otra voluntad que, como ahora la mía, te obligó a intentar matar a alguien? Tienes que recordarlo, Shato...

—No... no recuerdo. No puedo. Mi mente... Se borra todo... Es ese maldito olor... ese aroma a incienso... Esas hierbas* que se queman... La voz que me ordena... Los ojos amarillos... *La Cruzada*... Sólo eso... recuerdo... Sólo eso, Kwan... Lo siento. Lo siento. No me hipnotizó nadie, pero... pero sé que me ordenaron hacerlo. Y olía, olía mucho a esas hierbas... Un olor dulzón, profundo, adormecedor... No sé más. No sé...

Colé hizo un gesto, indicando a Kwan que terminara la sesión

hipnótica. Su mano cerró el mando de la grabadora donde estaba registrando la voz de Shato. Kwan obedeció, pero con una última pregunta:

—Ahora. Shato, vas a volver a la realidad. No tendrás en cuenta lo que te ordenaron. Volverás a ser el de siempre: Shato Kodake, mi amigo. Pero antes, una sola cosa más. Tú no eras budista entonces. Te habías hecho cristiano, lo recuerdo bien. ¿Por qué esas ropas amarillas? Son el hábito de un monje de la religión de Buda… ¿Por qué?

—Las ropas… amarillas… —jadeó el hipnotizado—. Todos… con ropas amarillas… Todos con hábito… *La Cruzada*… Me hicieron vestir así. Todos iban igual.

— ¿Todos? ¿Quiénes?

—Ellos… Los que estaban… a mi alrededor… mientras olía… olía el humo de los pebeteros… No sé… No sé más.

Colé insistió en su gesto. Kwan asintió. Despertó suavemente a Shato.

Este les miró a todos con asombro, como si saliera de un profundo sopor. Clavó sus ojos orientales en Kwan Shang. Exclamó, con repentina lucidez:

— ¡Kwan, amigo mío! Ahora sí. Ahora recuerdo quién soy… pero no lo que hago aquí. ¿Qué significa todo esto?

—Lo ignoramos, Shato —terció Colé, acercándose a él—. Incluso tú lo ignoras. Pero si quieres escuchar tu voz, puedes oírla. Tal vez te ayude a recordar…

Hizo retroceder la cinta, y la reprodujo luego desde el principio del interrogatorio. Shato escuchó su propia voz con infinito asombro. Cuando terminó, su mirada recorrió los rostros de los tres jóvenes miembros del grupo de *budokas* defensores de la justicia y del bien.

—Me hipnotizaste, ¿eh, Kwan? —comentó. Luego, meneó su

cabeza, perplejo—. No sé. No recuerdo nada de eso que digo ahí. Sólo eso del aroma, de las hierbas que ardían… Es un olor que me viene de vez en cuando a la memoria…

—Una droga, sin duda —apuntó Colé—. Hierbas quemadas, un humo narcótico… Bajo sus influjos, te dieron unas órdenes concretas. Y tú intentaste cumplirlas. Es todo.

— ¿Hipnotizado con drogas? —se asombró Shato—. Pero… ¿por qué?

—Eso, sólo lo saben quienes te hicieron aspirar el humo aromático. Hay hierbas así en Asia, todos lo sabemos. Alguien las utiliza en beneficio de sus planes.

—No tiene sentido. Yo nunca me relacioné con gente así… Y estas ropas… —se contempló, perplejo—. No son mías. Ni la gabardina amarilla… y menos aún, la túnica…

—Es un hábito budista —comentó Colé.

—Pero yo me hice cristiano hace años, como mi madre —objetó Shato—. Mi nombre bautismal es Saúl, aunque siga llamándome todo el mundo por el antiguo de Shato…

—Eso indica que, del mismo modo que te ordenaron venir aquí y atacar a Frank o a cualquiera de nosotros, y te proveyeron de esa ingeniosa máquina capaz de anular los circuitos electrónicos, te facilitaron esas ropas, pero ¿por qué?

—Hablas de *ojos amarillos,* de una *Cruzada…* —evocó Colé las palabras grabadas en la cinta magnética—. Pero una *cruzada* es algo enteramente cristiano, como su nombre indica. No encaja con lo demás.

— Nada encaja realmente —suspiró Kwan Shang—. Lo cierto es que tenemos algún enemigo, lo bastante poderoso como para enviarnos ejecutores desprovistos de memoria, gracias a una droga humeante, y capaces de anular los sistemas de seguridad de nuestra

vivienda. Inquietante, ¿no, Frank?

—Sí, mucho —aceptó Colé—. Cambiaremos esos circuitos, pero igual que hallaron el medio de inutilizar los actuales, podrían hacerlo con otros. Shato, trata de recordar siempre que te sea posible. Indaga en tu subconsciente, por si recuerdas algo más que pueda sernos de utilidad.

—Lo haré, Colé, se lo aseguro —'prometió el joven japonés—. Cuenten conmigo para todo... siempre que sea consciente de mis actos, por supuesto.

—Sí, entiendo —sonrió Colé, tendiéndole su mano abierta—. Ahora, al menos, sabemos que no eres un enemigo consciente, sino sólo una especie de robot humano que alguien utilizó para atacarnos.

—Y atacarnos sin más armas que sus brazos y piernas —señaló Lena, pensativa—. ¿Por qué no proveerle de otras armas? Tu dijiste que llevaba algo metálico consigo, quizá un arma, ¿no es cierto, Frank?

Colé asintió. Tomó la gabardina amarilla, de la que había sido despojado su visitante y rasgó, sir contemplaciones, el forro de un simple tirón de sus fuertes dedos.

—Aquí está el arma oculta —dijo—. Sólo que Shato no tuvo tiempo de utilizarla...

Y mostró, sujeta al forro de la prenda, el arma que secretamente llevaba Shato consigo en su mortal incursión. Un arma típicamente oriental, de las que antiguamente utilizaban los *samurais,* aunque en forma secundaria, como arma de reserva en caso de apuro,.

Era un *kozuka* de ancha y larga hoja, dotado de un filo temible. Una especie de puñal largo, o sable corto, recto, eficaz y mortífero, tanto en la lucha cuerpo a cuerpo como en la lucha a distancia, si el que lo maneja sabe arrojarlo con pericia.

— ¡Un *kozuka!* —exclamó Shato, palideciendo al clavar sus ojos

en la centelleante hoja del arma japonesa—. ¡Cielos…! Soy un experto con esa clase de arma… y ellos lo sabían.

—Sí, eso creo —asintió Colé, sombrío—. Sólo que no te di ocasión de utilizarla…

Y su dedo rozó el filo del *kozuka,* comprobando que superaba al de una navaja de afeitar. Un simple tajo con aquel acero, podía degollar a un hombre. Un golpe suave con el mismo, decapitaría sin dificultad alguna.

* * *

Sábado cinco de marzo.

El día de la Convención Internacional Benéfica de la Confederación Mundial de *Budokas,* en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York.

El avión llegó al aeropuerto Kennedy puntualmente. De él descendieron cuatro hombres. Tres, eran los *Dragones de Oro.* El cuarto, Shato Kodake, también invitado a la convención, como *budoka* notable que era.

—Nunca imaginé que haríamos juntos este viaje —sonrió el joven japonés al tomar tierra el reactor en la ciudad neoyorquina—. Al menos, para algo sirvió nuestro extraño modo de establecer relación, Colé.

—Olvídalo por el momento, Shato —rió Frank, sacudiendo su rubia cabeza al descender del aparato—. Ahora no vamos a pensar sino en esa fiesta benéfica que puede aportar tanto dinero a los niños que padecen hambre y enfermedades en todo el mundo. De no ser por eso, no estaríamos aquí. No me gustan las fiestas ni las reuniones de sociedad. Hay cosas más importantes que hacer en el mundo.

—No es fácil olvidar lo que pasó entonces en San Francisco, Colé

—comentó Shato, pensativo, mientras cruzaban la pista, para dirigirse al edificio del aeropuerto, con su ligero equipaje—. Sólo espero que no se repita algo así. Y que algún día sepa por qué sucedió todo eso...

—Tal vez llegaremos a saberlo —dijo Kwan Shang—. Pero por el momento, nada puede hacerse, Shato. Sólo esperar que algo más suceda, que esa gente que se escuda tras el olvido que provoca una planta quemada, asome el rostro otra vez, y en esta ocasión podamos verles con más claridad. De todos modos, supongo que tenemos muchos enemigos en el mundo. Casi tantos como amigos. Quien no obra con justicia ni con dignidad, forzosamente ha de verse amenazado de alguna forma por nuestra existencia. Y buscan destruirnos, por el medio que sea. Ha sucedido otras veces. Pero aquí estamos aún.

— ¡Y que dure! —rió Lena de buen humor, moviendo su elástica figura con armoniosos pasos rápidos, ceñidos los téjanos deshilachados a sus largas y bien formadas piernas, en su marcha a través de la pista del aeropuerto internacional.

Alcanzaron el edificio, y salieron al exterior. Un coche de alquiler, encargado ya telefónicamente por Kwan Shang a Nueva York, esperaba en la zona de aparcamiento de los automóviles sin chófer. Shato se ofreció en el acto.

—Yo conduciré —dijo—. Me conozco Nueva York como la palma de la mano, palabra.

Subieron los *budokas* al coche. Kwan se puso al lado de Shato, y Colé y Lena ocuparon los asientos posteriores. El vehículo, un «Cadillac» azul último modelo, se deslizó rápidamente por las autopistas, en dirección a Manhattan.

Aquella misma tarde, en los salones del lujoso hotel neoyorquino, las cámaras de televisión y los reporteros gráficos, tomarían imágenes de la concentración más importante de

practicantes de *Artes Marciales* que podía darse en la actualidad.

Todos ellos, guiados por el altruismo de su condición, acudían gratuitamente a tal cita, y por añadidura, aportarían en la medida de sus posibilidades la mayor cantidad posible de dinero para el fin benéfico a que se destinaba la recaudación.

La suma que los *Tres Dragones* iban a conceder, sería, con mucho, la más importante y cuantiosa. Pero lo harían con la estricta condición de que nadie, absolutamente nadie, supiera la suma exacta que entregarían. Consideraban que la beneficencia anónima, era la más digna.

El coche se mezcló en el tráfico de las autopistas convergentes hacia Manhattan. Faltaban solamente cinco horas para la Convención, y ya estaban ellos allí, como casi todos los invitados a la magna reunión.

A las ocho en punto, se iniciaría la Convención.

A las ocho, las cámaras de televisión captarían la llegada de *budokas* famosos y de otros que no lo eran tanto. Pero, ciertamente, las *estrellas* del espectáculo, quisieran ellos o no, iban a ser tres personajes conocidos por el sobrenombre de *Tres Dragones de Oro.*

* * *

Ya estaban allí.

— ¡Señoras y señores! ¡La cadena NBC transmitiendo para ustedes, en directo, desde el hotel Waldorf Astoria de Nueva York, la Convención Internacional Benéfica, que la Federación Mundial de Artes Marciales, junto con *Kod.ok.an,* del Japón, celebra en homenaje a la infancia hambrienta del mundo, en colaboración con las Naciones Unidas! ¡En estos momentos, nuestras cámaras recogen el momento de la llegada de los más famosos y legendarios luchadores de todos l(5s

tiempos; los que han hecho de sus artes, de su capacidad de luchadores invencibles, un medio para proteger al débil, para defender la justicia y para combatir todo aquello que signifique maldad, corrupción o injusticia! ¡Los defensores del Bien, los *budokas* llamados *Dragones de Oro! ¡Los Tres Dragones,* Frank Colé, Lena Tiger y Kwan Shang, se presentan ante ustedes, tal como son, tal como las buenas gentes del mundo les recuerdan y les aman!

Una salva de aplausos atronadores llenaba el acceso al Waldorf, protegido por policía metropolitana a pie y a caballo. Frank Colé, antiguo actor cinematográfico, era el blanco predilecto de las cámaras y de los curiosos. Los hombres, naturalmente, se inclinaban en su gran mayoría por la belleza morena y sensual de Lena Tiger, la sonriente *budoka* que, desde los suburbios de San Francisco, desde los bajos fondos del hampa, había subido a su actual posición, gracias a su habilidad diabólica para las *Artes Marciales,* y gracias, sobre todo, a su nobleza y honestidad, que lograron sacarle de un mundo donde su infancia y adolescencia sufrieron rudos embates.

Kwan Shang, el joven chino que huyera de una secta de fanáticos asesinos radicada desde hacía siglos en el interior de Asia, rebelándose contra su propio destino y contra los que se consideraban sus amos, también era objeto de muestras de simpatía. A todos respondía él, jovial, cordialmente, con su irresistible sonrisa en el rostro suavemente aceitunado, de negro pelo peinado con flequillo sobre su noble frente.

Los Tres Dragones de Oro, con el distintivo de su grupo en las camisas que lucían —un dragón dorado, bordado visiblemente en ella — saludaron una vez más, brazo en alto, a la multitud de jóvenes reunidos en las aceras de Broadway, y penetraron luego en el lujoso recinto hotelero.

Nuevas cámaras de TV en color, captaron su imagen para la

nación, desde los pasillos suntuosamente alfombrados, en dirección a los salones dispuestos para la Convención. *Budokas* de todo el país, formaban allí un doble cordón de honor, acogiendo con ovaciones calurosas a los tres luchadores de San Francisco.

Y así, prosiguió la retransmisión de los principales actos de la Convención, en conexiones constantes con las emisoras de televisión de la Costa Este del país, para culminar luego en la prevista gran exhibición de *budokas,* no sin antes hacer la recaudación de fondos que, generosamente, aportarían los presentes y cuantos ciudadanos de Nueva York quisieran participar en tal acto benéfico.

Tras los discursos de rigor, llegó el momento de recaudar los fondos. Luego sería la exhibición, y, finalmente, ya sin las cámaras delante, la cena de confraternidad de todos los *budokas* del mundo, asistentes al festejo.

Pero la retransmisión nunca pudo ser efectuada en su totalidad, si bien a cambio de ello, los telespectadores de todo el país tuvieron el privilegio de ser testigos directos de uno de los hechos más asombrosos e imprevisibles de toda la historia de la ciudad.

Ello sucedió apenas terminada la entrega de sumas de dinero para el fondo benéfico establecido, en una larga mesa donde todas las aportaciones eran recibidas, anónimamente o bajo el nombre del benefactor, para ser computadas y, con rapidez, dadas las crecientes cifras a conocer en los tableros electrónicos dispuestos sobre la propia mesa petitoria.

A las nueve y media de la noche, hora local, el tablero electrónico marcó la suma definitiva de lo recaudado, a lo que más tarde se uniría la aportación masiva de otras ciudades y países, a través de los organismos de las Naciones Unidas destinados a tal fin.

Para asombro de propios y extraños, la suma en metálico de lo recaudado en las amplias cajas metálicas, recién selladas por los

organizadores, apareció en cifras verdes, luminosas, sobre el tablero electrónico:

1.122.780 DOLARES

¡Más de *un millón* de dólares!

Un murmullo recorrió la sala del Waldorf, repitiéndose en cada hogar y en cada local del país donde se recibían las imágenes de la NBC. Jamás se había pensado que se alcanzaría tan importante suma de dinero, aunque para muchos, era desconocido el hecho de que una considerable parte de aquella cifra, pertenecía a la aportación anónima de tres de los *budokas* presentes en el acto.

Pero el nombre de esos *budokas* no se hizo público, si bien los organizadores tenían una clara idea de su identidad.

—Y ahora, señoras y señores —dijo el presidente de la Convención, Alvin Grant, levantando en medio de la larga mesa, donde se alineaban hasta seis cajas metálicas, precintadas y selladas, con el precioso contenido en metálico que campeaba aún, triunfalmente, sobre el tablero electrónico—, vamos a proceder a la gran exhibición de *Artes Marciales,* que presentarán y protagonizarán, principalmente, nuestros tres invitados de honor, Frank Colé, Lena Tiger y Kwan Shang... *¡Los Tres Dragones de Oro!*

Nuevos aplausos acogieron la aproximación de los tres luchadores a la mesa petitoria, para declarar inaugurada la exhibición dé lucha. Los tres se aproximaron con paso tranquilo, sonrientes sus rostros.

Las cámaras de TV recogieron en rápidos *zooms,* hasta un primer plano de cada uno de los rostros, el acontecimiento que se producía. Lo que nunca pudieron preveer los realizadores y operadores, es que su maniobra fuese a dar ocasión al público de presenciar tan a lo vivo, tan de cerca, el más increíble drama imaginable.

Todo comenzó cuando los *Tres Dragones de Oro,* deteniéndose

súbitamente ante la mesa petitoria, sin dejar de sonreír, extrajeron algo, de debajo de sus amplias ropas.

¡En las manos de los tres *budokas,* aparecieron pequeñas y chatas armas automáticas, provistas de largos cargadores! ¡Eran fusiles ametralladores portátiles, capaces de vomitar más de doscientos proyectiles en unos pocos segundos!

—No se mueva nadie —dijo Frank Colé, con voz fría y dura—. ¡Vamos, pronto! ¡Esas cajas son nuestras!

Sonrieron algunos miembros de la mesa, pensando en una broma insólita. Tres de ellos se incorporaron, riendo. Otros dos, se acercaron a los *Dragones,* quizá con intención de seguir la broma.

Sucedió lo increíble.

Colé, Lena y Kwan, se revolvieron, apretando el gatillo de sus armas.

Las metralletas tabletearon sorda, siniestramente. Ráfagas de crepitantes proyectiles brotaron de los chatos cañones de negro acero.

En medio de un horrendo caos de sangre, media docena de personas se desplomaron, con el cuerpo acribillado a balazos.

Capítulo III

SORPRESA DE SANGRE

El espanto, la confusión, el incrédulo horror, fueron indescriptibles.

Hubo quien trató de escapar de la sala, alcanzando la salida. Nuevas ráfagas de metralleta les pararon en seco, lanzándoles contra la pared del suntuoso hotel, bañados en su propia sangre.

Dos policías habían empuñado sus revólveres reglamentarios, más allá de la mesa petitoria, al comprender que no había broma alguna en aquella masacre. El arma de Lena Tiger les barrió mortalmente, acribillados a balazos.

Un silencio de horror se hizo en el hotel. Una cámara, al intentar mover el enfoque de su emisor de imagen, se ganó una ráfaga de proyectiles. La cámara saltó, destrozados sus objetivos, junto al cadáver del operador de la NBC, y una de las visiones de la tragedia, se borró definitivamente de los televisores, aunque un realizador, allá en su cabina de control, logró pasar la retransmisión a otra cámara más distante.

De este modo, el país entero pudo asistir, sobrecogido, a la matanza del hotel Waldorf, y al momento en que un amedrentado, lívido Alvin Grant, presidente de la Comisión Internacional, entregaba las cajas con el dinero a uno de los *Dragones,* exactamente a Kwan Shang. Las pequeñas ametralladoras de Lena y de Colé, seguían dominando la situación por completo.

— ¿Cómo... cómo es esto posible? —gimió Grant, sudoroso, mirando con horror a los *Dragones de Oro*—. ¿Ustedes... precisamente ustedes... ladrones y asesinos sin conciencia?

— ¡Cállese, imbécil! —le cortó Lena con voz desabrida—. ¿Pensaban que esta fortuna iba a parar a manos de niños

hambrientos? ¡Estúpidos todos! Nos irá mucho mejor a nosotros. No teníamos ya mucho dinero, y nuestra aureola de paladines de la justicia, nos ha favorecido bastante en nuestros propósitos, ¿no creen?

Ella rió, y Colé soltó también la carcajada, comenzando a retroceder los tres, camino de la salida. El rubio *budoka* tomó consigo a dos rehenes, poniendo en sus espaldas el arma automática, humeante todavía. Los rehenes eran una mujer y un sargento de policía.

—Vamos, deje de hablar, Lena —dijo Colé—. Tenemos que salir de aquí. Y recuerden: si alguien trata de detenernos, mataremos a estos dos sin contemplaciones. Además, antes de caer nosotros, más de dos docenas de personas irían por delante, no lo duden.

Las armas cubrían a todos los presentes. Desde los estudios de la televisión y desde muchas viviendas americanas, se telefoneaba desesperadamente a la policía. Fuera del hotel, los patrulleros que seguían los acontecimientos a través de las pantallas de televisores portátiles, formaban ya fila en el exterior, esperando a los ladrones y asesinos. Pero antes de llegar a la salida, una nueva noticia les sobrecogió.

Los *budokas* criminales, habían cogido otros dos rehenes dentro del hotel: el alcalde de la ciudad y el jefe superior de la Policía Metropolitana. También ellos peligraban, si *Los Tres* eran atacados.

—Sólo una condición —dijo la voz de Colé, por los altavoces instalados para transmitir los discursos—. Retírense todos los policías. Absolutamente todos. Dejen la calle totalmente libre. En cuanto veamos un uniforme o un coche patrulla, haremos fuego inmediatamente sobre los rehenes. Están advertidos.

La serena voz del alcalde, habló luego, forzado por sus captores:

—Obedezcan. Muchas vidas inocentes se perderían, aparte de las nuestras, si se intenta impedir la fuga de estos asesinos. Ellos son

capaces de todo; ya lo han demostrado tristemente ante los ojos de todo el país.

Se retiraron en silencio coches y agentes. Quedó Broadway desierto, porque las órdenes se extendieron a los curiosos, y se obligó a la evacuación completa de la zona.

Salieron del Waldorf, cautamente, los tres asesinos y sus cuatro rehenes como escudo viviente, tras el que asomaban sus feos cañones negros las metralletas portátiles.

Avanzaron con rapidez hacia una esquina cercana donde, aparentemente inocente, se hallaba una furgoneta comercial. Nadie había advertido que' esa furgoneta, en apariencia vulgar, era un coche blindado, a prueba de todo ataque exterior.

Subieron rápidamente a ella los asaltantes y sus rehenes. El vehículo partió con celeridad, a través de Manhattan. Desde dentro, a través de una emisora de radio montada en la cabina posterior del vehículo, Frank Colé habló, dando sus últimas instrucciones a la policía, por medio de su propia longitud de onda y frecuencia.

—Escuchen todos —dijo—. Los rehenes siguen con nosotros, y siguen en peligro, a menos que todas las carreteras estén debidamente despejadas hasta las afueras de la ciudad, y nadie nos siga ni intente descubrir nuestra ruta. Sólo cuando estemos va a una prudencial distancia del centro urbano, decidiremos la liberación de los rehenes. Si cumplen lo solicitado, ellos no sufrirán daño alguno.

Repitió varias veces la información, y cerró el emisor, para que no fuese captada su situación por los detectores de la policía.

Siguieron dos o tres horas de angustia general, hasta que el propio alcalde de la ciudad telefoneó desde una cabina pública, en el extrarradio, anunciando que todos los rehenes habían sido liberados, y que la furgoneta blindada de los asesinos, con éstos y con más de un millón de dólares de botín, se había perdido definitivamente en las

afueras.

Inmediatamente, se dio la orden a todos los centros policiales, patrullas de caminos, controles, e incluso llegó un mensaje urgente del FBI, haciéndose cargo del [1] caso en el acto.

« ¡Capturen, vivos o muertos, a *Los Tres Dragones de Oro!*»

La acusación: asesinato de trece personas, y robo de un millón, ciento veintidós mil, setecientos ochenta dólares, exactamente.

La caza sin cuartel, comenzó inmediatamente por todo el estado de Nueva York.

* * *

El automóvil estaba parado algo más allá de la furgoneta blindada, con apariencia de vulgar vehículo comercial. Era casi invisible el «Cadillac» azul, entre los arbustos de aquel paraje.

En cambio, la furgoneta sí estaba aparcada en sitio más visible para cualquier automovilista que recorriese la oscura carretera, justo al borde de la cuneta, frente al bosquecillo.

La emisora de radio permanecía intacta, aunque sin funcionar. Al pie de ella, en la amplia cabina, varias cajas metálicas, reventadas violentamente, vacías y volcadas, eran el único recuerdo de una suma superior al millón de dólares.

Frank Colé contempló todo eso, al abrir los ojos. Recorrió, con gesto aturdido, cada detalle de lo que le rodeaba. Intentó incorporarse, y gimió entre dientes. No era ningún dolor físico concreto, pero sí un fuerte zumbido de sienes, una palpitación lacerante en su cabeza, y la sensación de que todo daba vueltas, y su estómago se convulsionaba.

Un extraño olor dulzón, hirió su olfato. Aspiró, sintiéndose embriagado y con más vértigo que nunca. Olía a algo quemado, como

incienso o sándalo. Pero el aroma era mucho más dulce y penetrante. Mareaba.

Perplejo, descubrió a Kwan Shang y a Lena Tiger, tendidos algo más allá, junto a la emisora de radio, al parecer inconscientes. Unos objetos extraños e inquietantes, yacían también en la furgoneta: tres armas chatas, negras. Las miró, fijo.

Parecían metralletas, pero de un modelo especial, muy cortas, casi sin culata, con un cargador prolongado en medio de su longitud. Un peine vacío estaba junto a las armas. Debía contener, al menos, un centenar de pequeños y mortíferos proyectiles.

— ¿Qué diablos significa todo esto? —masculló, logrando al fin ponerse de rodillas, y controlar su vértigo y sus náuseas, a fuerza de no respirar aquel aire pegajoso y embriagador—. ¿Qué ha ocurrido... y dónde estamos ahora?

Lo que descubrió, es que era plena noche en el exterior. Una noche oscura y ligeramente fría para la época del año en que se hallaban. De alguna forma, la Convención y todo lo demás, se había perdido definitivamente.

Se acercó a las abiertas puertas de la furgoneta. Asomó, tragando aire en abundancia. Un aire fresco, húmedo, y con olor a hierba. Se sintió mucho mejor.

Volvió junto a Kwan y Lena, preocupado. Les giró boca arriba. Examinó su pulso. No estaban más que desvanecidos. Como él mismo debió estarlo. Allá en la distancia, en alguna parte, sonaron lejanas sirenas policiales, que se perdieron en la noche.

Colé frunció el ceño. Trataba de explicarse algo que no entendía. Buscó a alguien más en torno suyo. Shato Kodake. No aparecía por parte alguna.

Miró en la cabina delantera, la destinada al conductor. Ambos asientos estaban vacíos. Shato no aparecía por parte alguna. Al

volverse, notó signos de recuperación en Lena y en Kwan. Ambos parecían estar volviendo lentamente en sí.

Pensativo, Colé saltó al exterior. Sus pies pisaron tierra blanda y húmeda, más allá de la línea de límite de la carretera. No vio pasar ningún coche. Debía de ser una ruta poco frecuentada, muy al interior. Allá, muy lejanas. Las luces de la ciudad, eran como un hormiguero luminoso, parpadeando en la noche. Al menos estaban a cuatro o cinco millas de Nueva York.

—No tiene sentido —se dijo entre dientes. Caminó hacia el «Cadillac» azul, medio inclinado en una zanja, entre altos matorrales que casi lo cubrían. Desde la carretera, calculó que sería imposible advertirlo.

Era el coche alquilado sin chófer. Allí sí estaba Shato Kodake. Reclinado sobre el volante, tan inconsciente como Lena o Kwan estaban poco antes. Colé abrió la portezuela con alguna dificultad, a causa de las piedras y matorrales. Examinó al japonés. Por fortuna, también estaba vivo, aunque inconsciente.

— ¿Qué es lo que ocurre? —oyó la voz de Kwan, allá en la furgoneta—. ¿Dónde estamos? ¡Lena! ¿Y Frank? ¿Qué nos ha pasado?

Colé regresó con larga zancada a la furgoneta. Subió de un salto a ella, sobresaltando a Kwan, que se obstinaba en incorporarse, venciendo sus mareos. Lena, todavía tendida en el suelo del vehículo, parpadeaba, mirando todo con asombro.

— ¿Estáis bien? —preguntó Colé con voz seca.

—No mucho. Al menos, yo —se quejó Kwan—. Parece que haya cogido una borrachera descomunal. Pero no bebo, tú lo sabes...

—Claro. A todos nos pasó igual —se inclinó, examinando a Lena —. ¿Puedes levantarte?

—Creo que sí —asintió ella débilmente—. Pero, a lo mejor, me caigo otra vez.

—Me sucedió igual que a vosotros —dijo Colé—. Nos. drogaron, no hay duda.

— ¿Drogados? —Kwan trató de hilvanar algún pensamiento coherente—. ¡Eh, ahora recuerdo! El coche azul, la carretera... Ya no sé más. ¡Ah! Y Shato... —miró en torno—. ¿Dónde está él?

—Fuera. En el coche azul. También drogado, no hay duda. Huele igual que aquí. Algo parecido al incienso.

— ¡El olor! —Lena se incorporó con brusquedad, y estuvo realmente a punto de caer. Se apoyó en la pared del coche—. Humo... Hierbas quemadas, Frank. ¿Lo recuerdas?

—Sí —los ojos de Colé estaban ensombrecidos—. Lo recuerdo muy bien. Lo mismo que le sucedió a Shato. Tal vez la misma droga.

—Pero... ¿cómo?

—No sé, Kwan. Tal vez el «Cadillac» azul. Podía estar en el propio motor, quemarse al funcionar el encendido. Es una posibilidad.

— ¿Y esta furgoneta? ¿Qué significa? ¿Y esas armas, esas cajas de metal reventadas? ¿Y esta emisora de radio? ¿Por qué todo esto, Frank?

—Sé tanto como tú, Kwan —respondió secamente Colé—. Es un completo enigma para mí. Vamos a ver si Shato también se recupera. Quizá él recuerde algo...

—Nosotros, al menos, no hemos perdido la memoria —comentó Lena, pensativa.

—La que nos afecta a nosotros mismos, no. Pero ¿y si hemos hecho algo durante nuestra inconsciencia; algo que desconocemos *ahora?* —sugirió Colé gravemente.

Los tres se miraron entre sí, preocupados. Salieron de la furgoneta, encaminándose al coche azul. Nuevas sirenas policiales, muy lejanas, llegaron hasta ellos. Colé alzó la cabeza. Sus ojos acerados parecieron buscar algo en la oscuridad de la noche, en las

lejanas luces de Nueva York. Quizá una explicación a sus dudas, a sus temores.

Shato se agitaba débilmente sobre el volante. Parecía estar en trance de recuperarse como todos ellos. Colé le ayudó, tomando su fuerte cuerpo y sacándolo al exterior. Lo tendió junto a la cuneta, donde el aire podía entrar ampliamente en sus pulmones, lejos del dulzón olor de los vehículos.

Cosa de cinco minutos más tarde, Shato había abierto sus almendrados ojos, y trataba de incorporarse, ayudado por sus amigos, con gesto de aturdimiento y de mareo.

—Frank... Kwan... Lena... —musitó, mirándoles desorientado—. ¿Qué sucede ahora?

—Si lo supiéramos... —suspiró Colé—. ¿'No puedes tú ayudamos? Eras el que conducía.

—No recuerdo nada. Sí, iba al volante del coche, nos acercábamos .ya a la ciudad y... No sé. Es como si, de repente, todo se hubiera borrado. Otra vez, Frank. Otra vez olvidé cuanto pueda haber sucedido. | ¿Vosotros también?

—Estábamos igual que tú, pero dentro de una furgoneta que no he visto jamás —confesó Colé con aspereza—. En ella hay armas automáticas, una emisora de radio y unas cajas metálicas, violentadas y rotas, j
¥acías, por supuesto. ¡Ah! He observado que las paredes de esa furgoneta están blindadas.

— ¿Blindadas? —se sorprendió Lena, mirándole—. i Parece un vehículo comercial...

—Lo parece. Pero ni la emisora de radio ni las planchas a prueba de bala tendrían sentido en un vehículo, semejante. Quisiera saber lo que ocurre y lo que ha ocurrido, pero no me gusta nada lo que presiento.

Lejanísimas, insistentes, nuevas sirenas de la policía. Se aproximaban y alejaban simultáneamente. Eran varios vehículos. Quizá muchos.

Colé estaba escuchando, la piel de su rostro tensa, los ojos alerta. Lena no le perdía de vista. También ella escuchaba los sonidos distantes.

— ¿Qué te preocupa, Frank? —preguntó.

—Todo. ¿Has visto la hora?

Kwan miró su cronómetro. Pegó un respingo.

— ¡La una de la madrugada! —jadeó—. Y funciona...

—Claro que funciona —asintió Colé—. La una y dos minutos, exactamente, en mi reloj. Pasó ya todo: la Convención, el festejo...

— ¡La Convención! —gritó Shato, con sobresalto—. ¡Cielos, es verdad! ¿Cómo es posible esto, Frank?

—No lo sé. Alguien nos ha jugado una mala pasada.
presiento que todo tiene el mismo origen. No sólo en San Francisco éramos vigilados, sino también en Nueva York. Quien te envió a ti a atacarnos, Shato, ahora ha dado de nuevo su golpe sobre nosotros. Sobre todos nosotros.

—Pero si es así... ¿por qué no nos ha matado? —preguntó Lena.

—Es lo mismo que yo me preguntaba —asintió Colé, ceñudo—. Y no me gusta ninguna de las respuestas que se me ocurren. Tiene que haber una poderosa razón para que sigamos con vida, después de que alguien nos drogó en ese coche, nos trasladó luego al otro, y nos dejó aquí abandonados, coa esas armas, esa emisora de radio y esas cajas vacías.

Regresaron a la furgoneta lentamente. Shato se puso a examinar el vehículo. Golpeó la recia plancha del mismo, comprobando que Colé había tenido razón.

—Sí, está blindado —dijo.

—Y no tiene fisuras, ni aberturas que se puedan accionar o romper desde fuera —señaló Colé secamente—. Mirad los vidrios. Son también a prueba de balas.

Descargó su formidable mano de *karateka* sobre uno de los vidrios de las ventanillas de la furgoneta. Era un impacto con la mano en *shuto,* o utilizada como un sable, rígida y con el pulgar doblado hacia el interior de la palma, capaz de quebrar una pila de ladrillos fácilmente.

Sin embargo, el cristal se limitó a vibrar, crujiendo levemente. Ni se astilló.

—Quienes viajasen aquí dentro, difícilmente podían ser atacados desde el exterior. Frank —hizo notar Kwan Shang, preocupado—. ¿Por qué lo abandonaron... y con nosotros dentro?

—Es siempre la misma pregunta, Kwan: ¿por qué, por qué, por qué...? —Colé meneó la cabeza con pesimismo. Se inclinó. Tomó una de las cajas metálicas. La estudió con gesto grave. Descubrió unos sellos de plomo, rotos junto con la cerradura, evidentemente a tiros de metralleta. Unió dos trozos de uno de los sellos de plomo. Lanzó un breve silbido entre dientes—. ¡Vaya, lo que faltaba...!

— ¿Eh? —Shato se inclinó hacia él—. ¿Ha descubierto algo, Colé?

—Me temo que sí —afirmó Frank, incorporándose ceñudo—. Estos sellos llevan unas iniciales... Precintaban, sin duda, las cajas violentadas.

— ¿Qué iniciales? —se interesó Lena Tiger, acercándose.

—C.I.B.

—C.I.B... —repitió Shato, perplejo—. ¿Qué puede significar?

—Quizá Convención Internacional Benéfica —recitó sombríamente Colé.

— ¡La Convención de *Budokas* internacionales! —clamó Kwan,

palideciendo—. ¡Cielos, Frank, eso podría ser grave...!

—Mucho —asintió Colé—. Estas son cajas que se utilizan habitualmente para guardar dinero en efectivo. Ya dije que no me gustaban mis presentimientos...

— ¡Mira, Frank! —exclamó Lena—. Al menos, tendremos ayuda ahora. Viene un coche patrulla de la policía. Se está deteniendo ahora.

Colé giró la cabeza, sobresaltado. Era cierto.

Sin hacer sonar su sirena, silenciosamente, un coche de la policía acababa de detenerse a poca distancia de ellos, bañado con su luz la furgoneta parada. De él bajaron con rapidez dos hombres armados de revólver. Se aproximaron a ellos con paso rápido.

— ¡Ni un movimiento, o tiraremos a matar! —amenazó uno de ellos, encañonándoles con su arma.

Capítulo IV

CONTRA LA LEY

Frank Colé descubrió inmediatamente la agresividad en los ojos, en la voz y el ademán de los dos agentes. Era obvio que no venían en plan amistoso, ni mucho menos. Ni siquiera se encaminaban a ellos con las habituales medidas de precaución en el Cuerpo.

Era, sencillamente, una actitud hostil. Decididamente adversa. Eso, unido a cuanto estaba sucediéndoles, convenció inmediatamente a Colé de que algo funcionaba muy mal para ellos. Y podía ponerse aún peor en los momentos siguientes.

— ¿Qué ocurre, agente? —preguntó secamente—. No somos delincuentes ni personas sospechosas. Somos...

—Sabemos perfectamente *quiénes* son ustedes, *señor Frank* —dijo agriamente el policía, con un cierto punto de sarcasmo en su tono—. Todo el país les conoce ahora muy bien, desde el Atlántico al Pacífico, estén seguros de ello.

—Por eso será mejor que no se muevan lo más mínimo —avisó con frialdad el otro agente—. Si lo hacen, nos veremos obligados a disparar. Y la orden recibida es escueta: debemos tirar a matar, preferiblemente. Los jefes son conscientes de su peligrosidad.

Colé notó las miradas de Kwan y de Lena fijas en él. No dijo nada, no movió un músculo de su cara. Y menos aún, de su cuerpo. No daría a los policías el menor pretexto para que hicieran fuego sobre ellos.

—Quisiera saber lo que sucede —dijo Colé—. Pero supongo que es inútil dialogar ahora.

—Ya tendrán tiempo de dialogar después, en el Departamento —fue la burlona réplica—. Vamos, alcen lentamente sus brazos y pónganse de cara al coche, con las manos apoyadas en la carrocería.

¡En seguida, vamos!

Colé hizo un leve encogimiento de hombros. Su voz. sonó indiferente:

— ¡Obedeced, amigos! Parece que la cosa va en serio. No pondremos nada en claro si nos convierten en una criba.

— ¿Lo pondremos acaso en una celda de la prisión, Frank? — dudó Kwan Shang.

Colé le miró, pensativo. Tuvo un amago de sonrisa. Sus ojos parpadearon dos veces seguidas, mirando fijo a Lena y a Kwan. Ellos también parpadearon. Eso fue todo. Luego, los tres obedecieron la conminación policial. Se situaron de bruces contra la furgoneta, los brazos extendidos sobre su cabeza, las manos encima de la carrocería. Los dos agentes avanzaron hacia ellos, resueltamente. En la distancia, se captó una sirena, aproximándose por la carretera con rapidez. Sin duda, antes de descender, uno de los agentes debió informar por radio a otro coche-patrulla. Las cosas estaban realmente feas para los *Dragones de Oro.*

Ambos agentes, revólver en mano, se situaron tras de los *budokas.* Uno mantuvo el' arma cerca de sus cabezas, mientras otro la sostenía a la altura de la cintura, empezando a cachearles.

—No van armados —dijo, extrayendo dos juegos de esposas, mientras su compañero tomaba uno por su cuenta.

—Ya lo iban en la Convención, ¡y de qué modo! —farfulló el otro—. Mira: ahí dentro tienen los fusiles ametralladores... Bien, vamos a esposarlos ya, y...

La sirena del otro coche estaba más cerca, por momentos. No tardaría en aparecer el segundo patrullero.

Las esposas tintinearon cuando se aproximaban a las muñecas de los dos hombres en principio. Luego le tocaría el tumo a Lena. La mujer, en último lugar, atendiendo sin duda a un elemental principio

de peligrosidad.

En ese instante, los *budokas* actuaron. No podía ser más tarde. Era su única oportunidad. La última.

Todo fue tan vertiginoso, que los dos agentes se sintieron incapaces de evitar lo que se les vino encima. Nadie hubiera podido evitarlo.

La orden no partió de Colé. No hacía falta. El interior parpadeo doble, era ya una clave entre ellos. Significaba, concretamente:

En el momento adecuado, atacad. No hay otro remedio. Todos a punto.

El momento adecuado lo marcó el propio Colé con una tos seca, como casual. Era el aviso que Lena y Kwan esperaban desde hacía unos momentos, con los nervios y músculos en tensión como una ballesta a punto de dispararse.

Y entonces se dispararon.

Cuando eso sucedía en tres personas que, como ellos, eran maestros, respectivamente, en *Artes Marciales* como el *karate,* el *aikido* y el *kung-fu,* las consecuencias, inevitablemente, habían de ser devastadoras para sus enemigos. No importaba que éstos fuesen armados de revólver. En este caso concreto, ni siquiera importaba que lucieran el uniforme de agentes de la Policía Metropolitana de Nueva York.

Por primera vez desde su fusión en aquel grupo aventurero, *los Tres* actuaban al margen de la ley. Tenían que enfrentarse a los defensores de la legalidad. Era inevitable, dadas las circunstancias.

Pivotó rápidamente sobre su pie derecho hacia la izquierda Frank Colé, al mismo tiempo que su brazo derecho bajó, golpeando con tremenda violencia el interior del antebrazo derecho del policía que le amenazaba.

Entonces bajó con celeridad, una vez cara a cara con el agente,

su puño izquierdo sobre la muñeca derecha, la mano armada. Era un seco, eficaz *Gedan-Barai,* que desarmó al policía en fracciones de segundo, sin que éste saliera aún de su asombro, y simultáneamente, los dedos de la mano diestra de Colé en *Nuki-Te,* golpearon los ojos de su antagonista, a la vez que la rodilla derecha martilleaba en seco, contundente, la ingle y el punto vital *kinteki* —órganos genitales— produciendo el inmediato desvanecimiento del policía, que se desplomó con un ronco gemido.

Simultáneamente, Kwan Shang había hecho ya algo parecido, igualmente en escasas fracciones de segundo, con su propio adversario, pero utilizando las técnicas diabólicas del *kung-fu o karate* chino, que era su especialidad.

Con su talón, disparado velozmente hacia atrás, hizo saltar el arma de los dedos del agente, que, sorprendido, intentó defenderse con una llave de *judo,* pero nada pudo hacer, porque con celeridad, Kwan giró su cuerpo con una rapidez pasmosa, frenando los ataques del patrullero con una parada contundente de ambos antebrazos, un movimiento felino atrás, girando de nuevo el cuerpo, en *Del Daigi Quan,* para después, fulminantemente, antes de que el patrullero fuese capaz de parar el impacto, hizo el espectacular movimiento de *Chuka-Shiki,* y el puño de Kwan hirió el bajo vientre del policía, con un impacto seco, al tiempo que su pie se estrellaba duramente en el mentón del enemigo, que cayó como un fardo a tierra, totalmente inconsciente.

Se miraron los tres, esperanzados. Justo entonces, el segundo coche-patrulla dobló la curva de la carretera, hiriendo la escena con el destello de sus faros. Colé ordenó, rápido:

— ¡Pronto, a su propio coche-patrulla! ¡Es preciso! ¡Vamos ya!

Corrieron hacia el automóvil abandonado por los patrulleros, cuando Shato salía ya con celeridad de los matorrales donde se

ocultara al aparecer la policía, esgrimiendo en su mano un pesado tronco, con el que sin duda pretendía atacar a los policías.

— ¡Vamos, adentro! —apremió Colé—. ¡No hay tiempo que perder!

Penetraron en el coche con rapidez, cerrando sus portezuelas, aunque ya antes había arrancado Kwan Shang rápidamente, sin esperar a más, deslizándose el vehículo policial por la carretera vertiginosamente. Shato cerró su propia portezuela, jadeando:

—Estaba pensando cómo atacar a esos agentes, pero era imposible, teniéndoos encañonados tan de cerca, ¡Diablo, nunca vi tal rapidez y eficacia en desarmar a unos enemigos!

—Es la práctica —comentó Colé, sarcástico, con expresión preocupada, mirando hacia atrás, el coche-patrulla, que ya se lanzaba tras de ellos, a toda velocidad, después de saltar a tierra el otro patrullero, para atender a los caídos.

Restallaron dos disparos a su espalda. Kwan empezó a hacer describir movimientos en zigzag al coche, para evitar ser alcanzados, y pisó a fondo el acelerador, sin más vacilaciones, a la vez que hacía sonar estridentemente la sirena.

Lanzóse el vehículo sobre el asfalto como un bólido, pero el otro patrullero, menos lastrado, al llevar solamente a un viajero, tampoco le anduvo a la zaga, si bien tal vez su conductor no se sentía tan desesperado como Kwan en la persecución, y no llegaba a forzar a tope su vehículo.

Eso daba cierta ventaja aún a los *Dragones* y su provisional compañero Shato, logrando, paulatinamente despegarse de su perseguidor. Este, desesperadamente, avisaba por radio a otras patrullas, informando de la persecución, y de la situación de su compañero, donde se quedara la furgoneta abandonada, el «Cadillac» azul y los dos camaradas de los que desconocía si estaban sólo

inconscientes o muertos.

En la noche, por aquella carretera nada concurrida en esos momentos, los dos vehículos policiales protagonizaban una carrera fantástica, que era un desafío a la muerte, porque a tal velocidad, un pinchazo, un fallo en el volante o una avería mínima en los frenos, significaría el desastre para cualquiera de ellos.

Kwan Shang sonrió duramente, mirando atrás por el retrovisor. Zumbaron algunas balas, levantando esquirlas de asfalto en la carretera, sin llegar a tocar sus neumáticos.

—Estamos ganándoles un poco de terreno —comentó—. Puede que sea buena señal, amigos.

Tomó una curva a velocidad escalofriante, deslizándose virtualmente sobre las dos ruedas laterales, casi de forma acrobática. Shato cerró los ojos, conteniendo el aliento.

—Es un suicidio, Kwan —murmuró, angustiado.

Lena y Colé asintieron, pensativos. No les gustaba aquel juego, pero no les quedaba otro remedio. De súbito, surgió ante ellos un camión de pesado y largo *tráiler*. El joven chino dio un viraje vertiginoso al volante, mientras Shato gritaba.

El camión hizo chirriar sus frenos, patinó en el asfalto, algo húmedo, y se cruzó en la carretera, justo a tiempo de permitir el paso del coche conducido por Kwan Shang.

Un frenazo violento, un impacto de costado del segundo coche-patrulla marcó el final de la persecución. El automóvil se quedó clavado, casi empotrándose en el gran camión, por uno de sus laterales. El patrullero, ileso, lanzó un resoplido, saltó de su coche, y miró con desaliento el arrugado lateral del coche, la rueda doblada y rota, los guardabarros retorcidos.

—Los perdí... —masculló—. Espero que mis compañeros lo intercepten...

En el coche-patrulla conducido por Kwan, una moderada alegría acogió el frenazo del perseguido, definitivamente perdido. Colé respiró con fuerza, mirando atrás.

—Por fortuna, no se ha hecho daño —dijo—. Sería terrible cargar con la responsabilidad de algo grave. No quiero dañar a nadie. Pero tenemos que escapar, o no nos libraremos de este trágico equívoco. Ya oísteis a los policías. Algo ha sucedido. Lo bastante serio como para ordenar que tiren a matar sobre nosotros. Precisamente sobre *nosotros.*

—Ahora, ya podemos respirar tranquilos —comentó Shato, aliviado—. Reduce un poco la marcha, Kwan, por favor.

—No cantes victoria tan pronto —negó Kwan, pensativo—. Otros patrulleros sabrán ya de esta persecución y del robo del coche que conducimos. Nos encontraremos el camino cerrado en alguna parte, eso seguro.

Colé asintió, mirando a la oscura carretera. Su gesto era grave.

—Pienso lo mismo —dijo—. Tenemos que intentar algo. Cualquier cosa, menos seguir en este coche. Sería delatarnos claramente.

— ¿Qué podemos hacer? —indagó Lena.

—No lo sé aún. De momento, Kwan, reduce la marcha. Mete el coche en alguna parte frondosa, donde sea difícil que lo hallen. Seguirán así buscándonos en el coche-patrulla durante algún tiempo que puede sernos preciso.

—Muy bien —Kwan obedeció—. Y luego... ¿seguimos a pie?

—Veo allá una luz fluorescente —dijo Colé, pensativo, señalando hacia el fondo, a un punto de la carretera donde una claridad roja hacía guiños constantes—. Acércate a ella lo más que puedas, pero sin correr riesgos. Tal vez hallemos un vehículo por allí.

— ¿Tendremos que robarlo? —indagó Lena.

—Posiblemente —sonrió Colé con amargura—. No podemos ser demasiado ortodoxos esta vez, Lena. Estamos frente a un peligro que no entiendo. Y frente a la policía. Tal vez frente a todos. Más tarde compensaremos a todos de los daños y perjuicios sufridos, si es que salimos con bien de ésta. Ahora, no se puede reparar demasiado en los medios. Es una cuestión de vida o muerte, eso está bien claro.

—Me temo que no os he traído demasiada suerte —se quejó Shato—. Todo debe provenir de mi intrusión en vuestra casa. Ese olor dulzón, el gas hipnótico… nuestro desvanecimiento de hoy, el tiempo en blanco del que nada recordamos… Es todo demasiado claro. Los mismos que me enviaron a vuestra casa para atacaros, han causado ahora todo esto.

—No te lamentes —le dijo Kwan apaciblemente—. Sea lo que sea, estamos metidos en la danza. Veremos cuándo termina el baile, Shato.

Condujo el coche policial hasta un bosquecillo, donde lo introdujo en un punto oscuro y frondoso. Bajaron del vehículo, aproximándose a la cercana luz del fluorescente rojo.

Era un parador de carreteras llamado Pete's. Había algunos clientes sentados ante el mostrador. Un puesto de gasolina inmediato, mostraba hasta media docena de coches en un *parking.* Colé los estudió desde la distancia, en silencio. Luego, se volvió a Lena.

—Entra tú —dijo—. Usa unas gafas de sol, y ponte algo que cubra tu peinado, un pañuelo, por ejemplo. Pide algo, y procura pasar desapercibida. Desde aquí se ve un televisor encendido. Deben dar las noticias de madrugada. Trata de averiguar algo. Luego, ven a explicárnoslo. Mientras tanto, procuraré obtener uno de esos coches y hacer un puente en el encendido. Vamos, no pierdas tiempo.

Lena se puso unas gafas grandes de sol. El pañuelo que llevaba anudado al cuello, se lo puso sobre la cabeza, atado, cubriendo su

rizosa melena tan peculiar. Así alterado su aspecto en do posible, se alejó hacia el parador de ruta.

Entró. Colé y los dos compañeros se miraron, pensativos. Todos pensaban lo mismo. Si cometía un error, sería una baja en el grupo. Querían confiar en la astucia de Lena, pero el riesgo era evidente.

Y eso que aún no sabían lo peor.

No tardaron en saberlo, sin embargo. Justamente cinco minutos más tarde, cuando ya Colé, hábilmente, se había deslizado hacia un automóvil oscuro, el más alejado de la vista del empleado de la gasolinera, había abierto la portezuela con un juego de ganzúas especiales que llevaba consigo, y tenía ya establecido el puente del encendido, para poner el coche en marcha.

Lena volvía con un café en un vaso de cartón encerado. Aun con su color de tez, Colé captó su palidez tras aquella tonalidad canela.

— ¿Y bien? —preguntó, mirando de soslayo hacia el empleado de la gasolinera, que paseaba bajo la marquesina de su negocio, sin advertir su presencia allá en lo oscuro, tras la hilera de automóviles.

Lena Tiger exhaló un hondo suspiro. Dejó sobre la capota de uno de los coches el vaso de café caliente. Kwan tomó un sorbo y se lo pasó a Shato. Este negó, pasándolo a Colé, que también tomó un trago, mientras otro trago, mucho más amargo, le llegaba en la voz ligeramente temblorosa de su compañera de color:

—Es atroz, Frank —dijo ella—. Acaban de darlo por televisión mientras yo estaba allí. No se habla de otra cosa. Transmitieron un reportaje grabado en vídeo...

—Pero ¿de qué?

—De la Convención. Y de lo sucedido allí.

—Termina. Por malo que sea, estoy preparado —murmuró Colé.

—Es peor, mil veces de lo que imaginas. Nosotros aparecíamos en ese reportaje hecho directamente en el Waldorf Astoria, y

transmitido a toda la nación.

— *¿Nosotros?* —pestañeó Colé, con sus ojos metálicos endurecidos al máximo, sin desviarse del rostro demudado de Lena ni una pulgada.

—Eso es. Los tres, Frank. Tú, Kwan y yo. Se nos veía en la Convención. Perfectamente claros. En primeros planos, incluso. Nos ovacionaban mucho, eso sí. Éramos los ídolos... hasta que ocurrió todo.

— ¡Acaba de una vez! —Colé se impacientaba en raras ocasiones. Esta era una de ellas.

—Recaudaban una suma considerable en las aportaciones benéficas. Un total de un millón, ciento veintidós mil y pico de dólares. Entonces, tras precintarse las cajas metálicas y anunciar la recaudación final en los tableros electrónicos, nosotros tres asaltábamos la mesa petitoria. Armados de metralletas especiales, muy cortas y manejables, ocultas bajo nuestras ropas hasta entonces.

—Metralletas, cajas precintadas de metal... —repitió sordamente Kwan Shang—. ¡Dios mío, no es posible...!

—Vaya si lo era —asintió Lena, enfática—. Se nos veía con toda nitidez. Éramos nosotros tres. Nos llevábamos hasta el último dólar. Y ahora viene lo peor. Frank... nosotros *hemos disparado* esas metralletas sobre la gente. Personas invitadas, policías... Y *hemos matado* a más de una docena de seres.

—No... —la voz de Colé era un tenue murmullo de horror.

—Luego... nos llevábamos como rehenes al alcalde de Nueva York y al jefe superior de policía, junto con otros dos más. Los liberamos en las afueras, una vez convencidos de que nos dejaban escapar sin intentar perseguirnos. Ahora... todo el Estado de Nueva York, todo el país en suma, empezando por el FBI y terminando por los patrulleros y por la propia población civil, busca

desesperadamente a los *Tres Dragones de Oro,* culpables de un múltiple y horrendo asesinato ante más de cien millones de espectadores de la televisión…

Hizo un silencio Lena. Los tres hombres se miraron entre sí, demudados. Shato temblaba como un flan, y estaba atrozmente pálido.

—Trece asesinatos… —jadeó Colé. Inclinó la cabeza. La luz roja, parpadeante, hizo brillar el sudor que la humedecía. Se pasó una mano por la frente. Por vez primera, le veían sus compañeros tan impresionado, tan sobrecogido—. ¡Dios mío, no es posible!

—Frank, no fuimos nosotros —le dijo Kwan—. *Sabes* que hay algo que no encaja ahí. Nosotros no hemos matado a nadie. Nunca haríamos algo así…

—Tampoco yo intentaría matar a nadie con golpes de *karate* o con un sable *kozuka,* Kwan —le recordó amargamente Shato Kodake —. Y, sin embargo…

—Sí, entiendo —Kwan Shang se apoyó en el automóvil, vacilante—. Estás insinuando que ese humo, esas hierbas quemadas, esa droga alucinante… nos convirtió en asesinos.

—Eso es. Me temo que ésa es la terrible verdad, Kwan.

—Somos unos asesinos, Frank —se quejó Lena, angustiada, tomándole por un brazo con energía—. ¡Lo somos!

—Sí, Lena. Si viste eso en la televisión, si no hay dudas sobre lo que tus ojos presenciaron… hemos matado a unos seres inocentes. Hemos cometido una masacre espantosa.

—Pero, Frank…, ¡no fuimos *realmente* nosotros! —protestó ella —. ¡Estábamos bajo la acción de una droga; como hipnotizados! ¡Somos mental, voluntariamente, *inocentes* de todo lo sucedido! ¡Nos utilizaban como autómatas, como simples instrumentos movidos por la voluntad de alguien! ¡Ningún jurado, ningún tribunal del mundo podría condenarnos por eso!

—Dudo que pudieras probar tal cosa ante un tribunal —dijo roncamente Colé, mirándola con gesto crispado—. Pero, sobre todo, yo no hablo ahora de tribunales, de jurados ni de condenas. Yo hablo de mí, de nosotros mismos. Moralmente, seremos inocentes de todo. Pero *sabemos* que estas mismas manos que nosotros hemos dedicado a luchar en defensa de lo que es digno, de lo que es justo, de lo que es honrado... *han matado.* Voluntaria o involuntariamente, hemos matado. Somos asesinos. Eso, Lena... eso destruye de una vez por todas, definitiva y totalmente, nuestra fe en nosotros mismos y en nuestra obra; eso ensombrece nuestro espíritu, lo mancha de una sangre que jamás podrá borrarse, ocurra lo que ocurra.

—Pero, Frank, comprender que...

— ¡Comprendedlo vosotros, Kwan! —le interrumpió Colé bruscamente—. Aunque un día, todo se aclarase, la gente dudaría siempre. Vería en nosotros esa imagen terrible que la televisión ha transmitido a todo el país. Pero eso, con ser mucho, no significa nada al lado de lo otro. Somos nosotros los que ya nunca seremos los mismos. Entre nuestra misión y nuestras personas, entre nuestro espíritu y nuestros pensamientos más íntimos, se interpondrá el fantasma sangriento de esa masacre involuntaria. Pero que fue obra de estas manos, de estas personas... Si valiéramos la mitad, la décima parte solamente de lo que creemos valer, nos habríamos rebelado contra toda idea de muerte, contra todo impulso de violencia y de crueldad. Nuestras mentes hubiesen rechazado la orden, nuestro subconsciente hubiese bloqueado nuestro cerebro, para evitar que obedeciese aun bajo los efectos de una droga.

—Somos humanos, Frank —le recordó Lena tristemente—. Sólo humanos...

—Somos unos fracasados, Lena —replicó él—. Lo hemos perdido todo. Absolutamente todo. Hemos matado. Y eso es lo que cuenta. Nos

hemos dejado manipular como marionetas... y ni siquiera hemos sido capaces de recordar nuestra abominable hazaña. Este es el fin, Lena. El fin de los *Tres Dragones de Oro*...

Le contemplaron en silencio sus compañeros, sin saber qué decir. En aquel preciso instante, una voz cercana les interpeló:

— ¡Eh, ustedes! ¿Qué hacen ahí, en la oscuridad? ¿Quiénes son?

Era el empleado de la gasolinera. Se aproximaba al grupo con rapidez, desconfiado el gesto. Se paró en seco al ver sus rostros a la claridad escarlata del fluorescente.

—Cielos... —jadeó—. ¡Son ellos! ¡Los asesinos de Nueva York!

Y se llevó a los labios un silbato para alertar a los ocupantes del parador.

Capítulo V

CONSPIRACION AMARILLA

Los ojos amarillos flotaban en la oscuridad.

Eran como los gigantescos ojos fosforescentes de un enorme felino invisible confundidos con las sombras. Se movían, vigilaban malignamente, volviéndose hacia un extremo y otro de la vasta sala semicircular, como un hemiciclo, donde se alineaban los hombres de túnicas amarillas.

Eran hileras e hileras de personas reclinadas, con cráneos rapados, ropajes de un amarillo brillante, como en extasiada oración. El murmullo de sus voces, como una letanía lejana, flotaba en el ambiente denso, cargado de aromas dulzones, de olores exóticos, surgiendo de los grandes pebeteros, junto con el humo rosado de las hierbas quemadas.

En medio de aquel hemiciclo fantasmal, los ojos amarillos, flotantes ante la cortina negra, espesa, como un hueco infinito a la Nada. Y tras aquella negrura, una especie de melopea, de rumor melódico, lento y cadencioso, con lejanos tintineos metálicos. Música oriental, embriagadora y melosa como el propio humo de los incensarios.

Delante de los ojos amarillos que parecían colgar del vacío, de la oscuridad, sin pertenecer realmente a nada ni a nadie, hasta seis mujeres de exóticos rasgos, se movían cadenciosamente, unidas sus manos en oración, los almendrados ojos bajos, clavados en el suelo, en las cabezas rapadas de los extraños monjes, que dominaban desde su más elevado nivel de situación, como los intérpretes de un escenario a su público alineado en la platea.

Eran jóvenes doncellas orientales. Chinas y japonesas. E incluso alguna malaya o coreana. De piel aceitunada todas. Y de rara y

exquisita belleza, que podía apreciarse nítidamente, pese a sus túnicas amarillas.

Porque éstas eran transparentes. Y los reflejos de unas luces doradas, que brotaban de rincones ignotos, recortaban su desnudez virginal, descubriendo en una penumbra complaciente y sensual, desde las formas redondas y suaves de sus pechos, hasta su bien formados muslos y las sombras sutiles de sus regazos. Al volverse en movimientos pausados, como un *ballet* ralentizado, sus espaldas nacarinas y sus nalgas redondeadas, mostraban a vírgenes o vestales de embriagadora sensualidad.

Los hombres, sin embargo, no dirigían sus miradas a aquellas lúbricas formas desnudas, bajo el tul amarillo. Se limitaban a mirar al suelo, reclinados en muda y silenciosa adoración de alguna esotérica deidad oculta.

De repente, la musiquilla y las oraciones susurrantes, cesaron. El templo de aquellos ritos extraños, se tornó silencioso. De la sombra, emergieron tres figuras, avanzando hacia los presentes, como materializadas de la nada. Por encima de esas figuras, los amarillos ojos oblicuos y luminosos, inmensos como los de un coloso, brillaron y parpadearon.

Las vírgenes orientales se abrieron en dos líneas, dejándoles paso hasta primer término del escenario. Los monjes alzaron sus cabezas, clavando en ellos sus ojos.

Vieron a un rubio y atlético occidental, a una mujer de color, de rizados cabellos y elástica figura, y a un joven chino de fácil sonrisa y cabello negro, con flequillo sobre la frente.

Eran Los Tres Dragones de Oro.

Un murmullo recorrió la sala. Los presentes miraban a aquellos extraños invitados con aire perplejo.

Ellos sonrieron, haciendo una inclinación hacia las hileras de

hombres de amarillo, que todos entendieron. Era su forma de mutuo saludo, la prueba de que también aquellos tres famosos personajes eran miembros de la secta.

—Aquí tenéis a tres afortunados hermanos, que fueron capaces de dar el golpe de gracia a los orientales y a sus mitos más queridos —tronó una poderosa voz que parecía brotar de las sombras, bajo los almendrados ojos amarillos que bailoteaban en la negrura—.

Ellos han sido, ante la televisión de todo el país, ante los ojos del mundo entero, los ejecutores de una sentencia contra esa civilización que debemos combatir, hermanos todos de la *Cruzada Amarilla.*

Hubo un murmullo de asentimiento entusiasta. Pero en algún lugar del sombrío hemiciclo, se alzó una voz para preguntar:

— ¿Por qué ellos?, ¡oh *Gran Maestro Amarillo!,* ¿han tenido que ser quienes gozaran de ese privilegio? ¿Son realmente hermanos nuestros esos seres, o solamente marionetas al servicio de tu gran voluntad suprema?

_—Hay marionetas y *Hermanos Siervos,* bien lo sabéis. Tenemos esclavos mentales y leales creyentes de nuestra Fe —retumbó la voz poderosa—. Ellos no son simples esclavos, en esta ocasión, por mucho que os sorprenda. *Los Dragones de Oro* han estado hoy a nuestro servicio... pero no como robots, sino como *Hermanos* nuestros.

— ¡Los *Dragones* no son *Hermanos de la Fe!* —protestó otra voz airada.

—Naturalmente que no —siguió la potente voz de las sombras, mientras los terribles y oblicuos ojos felinos destellaban con fulgores dorados en las alturas—. *Los verdaderos Dragones de Oro* no sólo no son hermanos nuestros, sino que ni siquiera fue posible convertirles en esclavos de nuestros deseos. Sus mentes se negaron a ello. Su voluntad fue más poderosa que nuestras drogas, y eso es precisamente lo que

les hace peligrosos. Pero ahora, están destruidos. Su prestigio, su fama, su leyenda, están hechos trizas, despedazados por lo que todos pudieron ver. Nadie duda de sus ojos, de lo que ve a través de ellos. Nadie duda, por lo tanto, de la horrible culpa de esos tres mitos que ellos ensalzaban y glorificaban. Ahora, sólo son tres ladrones y asesinos. Y aquí, hermanos, tenemos a los héroes que lograron tal triunfo para nuestra gloriosa causa. Aquí, hermanos todos de la *Fe Amarilla,* tenemos a... ¡tres leales que *SUPLANTARON* gentilmente a los verdaderos *Dragones de Oro!*

Y ante los ojos asombrados de los presentes; en medio de un murmullo de auténtica sorpresa y admiración, los tres personajes de la plataforma aferraron con ambas manos la que parecía ser la piel de su rostro, las pelucas rubia, rizosa y lisa, respectivamente, arrancándolas junto con fragmentos de algo adherente, blando, gomoso, que al desprenderse de los rostros orientales, aceitunados, de facciones oblicuas, de pómulos salientes, de fría sonrisa. Dos hombres y una mujer que, tras desprender los últimos jirones de aquel material plástico sorprendente, revelaban lo que realmente eran.

Tres perfectos *sosias,* tres *dobles* de los *Dragones de Oro,* perfectamente imitados con máscaras adhesivas de plástico, que moldeaban unas facciones diferentes. Las facciones de Frank Colé, Lena Tiger y Kwan Shang.

Volvieron los cánticos y letanías de admiración y de fervor, elevándose como un rumor de oleaje en el amplio recinto. Se pusieron de rodillas los tres falsos *Dragones* y las vestales' de túnicas transparentes, les cubrieron de tres túnicas amarillas, como a todos los demás.

Luego, la voz tronó, retumbando en todos los oscuros muros del templo, a la vez que de los pebeteros se elevaban rosadas llamaradas con humo aromático:

— ¡Ahora, hermanos todos, demos gracias a nuestro *Dios Vengador,* y juremos defender nuestra *Cruzada* contra su civilización, su cultura y su fe, del mismo que ellos lo hicieron durante siglos contra los pueblos de Asia toda! ¡Juremos que una *Cruz de Fuego,* de muerte y de destrucción, suplirá a su *cruz,* símbolo de su propia civilización y de la que pretendieron implantar a nuestros sometidos pueblos de Asia! ¡Jurad, hermanos, porque una *Cruz de Fuego Purificador,* termine con los que adoran la cruz y en su nombre nos esclavizan y destruyen en su corrupción moral y material! ¡Jurad todos! ¡Os lo pide vuestro Gran Maestro!

— ¡Juramos! —sonó un clamor.

— ¡Juramos! —repitieron las vírgenes desnudas de piel aceitunada y ojos rasgados.

Y bajo los ojos amarillos de la extraña deidad de los *Hermanos de la Fe,* llameó de repente una extraña *cruz esvástica,* semejante a las de viejos ritos paganos de la antigüedad, o a prácticas de ocultismo remoto.

Aquella cruz infernal, ardía violentamente, en un efecto resplandeciente y sobrecogedor, al emerger de las sombras. Y su luz llameante, como una antorcha de odio y de sed destructora, iluminó los fanatizados semblantes de aquella masa enfervorizada, de aquel hacinamiento esotérico de extraños miembros sectarios...

Ahora, sin sus máscaras adhesivas, sin sus pelucas, cubiertos con las túnicas amarillas de su rito, los tres falsos *Dragones de Oro,* en nada recordaban a los tres asesinos que buscaba toda la policía del país.

* * *

Las pantallas de televisión repetían por enésima vez la grabación en vídeo que ahora estaría dando la vuelta al mundo, facilitada por los

servicios de intercambio entre las grandes cadenas de televisión internacional.

Era el robo de más de un millón de dólares. Y el asesinato brutal y despiadado de trece personas, en los lujosos salones del Waldorf Astoria de Nueva York, por parte de tres seres a quienes, hasta el momento, se tuvo por los defensores del Bien y de la Justicia.

Luego, las imágenes dejaron paso a la figura del alcalde de Nueva York, dirigiendo una alocución a la ciudad y, simultáneamente, a todo el país. Junto a él, un demudado Alvin Grant, presidente de al Convención Internacional Benéfica de *Budokas,* tenía entre sus manos unos folios para leer, que temblaban ostensiblemente entre los inseguros dedos. Todo el mundo en el Estudio, parecía estar contagiado de aquella febril; tensa situación.

—...Y esperamos que, en las próximas horas, los tres asesinos sean capturados o muertos por la policía —terminaba en esos momentos la voz del alcalde—. No podemos vivir tranquilos mientras ese trío siniestro se mueva por ahí libremente, con la muerte en sus manos. Recuerden todos que no sólo son capaces de matar con un arma de fuego, sino que su condición de *budokas* les hace peligrosísimos en la lucha cuerpo a cuerpo, ya que es evidente que, una vez desenmascaradas sus verdaderas intenciones, no dudarán en utilizar sus recursos de luchadores contra cualquiera que intente detenerles. Ahora, el señor Grant, presidente de la Convención, que vivió más de cerca que nadie los trágicos acontecimientos de esta noche, les relatará lo que pueden significar tres *budokas* de la categoría de esos criminales, si se les cree indefensos por el mero hecho de no llevar armas consigo... Con ustedes, señores telespectadores, el señor Alvin Grant, miembro honorario de la *Sociedad de Artes Marciales* de Nueva York, y organizar de esta fiesta benéfica, tan tristemente terminada por desgracia.

Alvin Grant carraspeó, enfrentado a las cámaras. La palidez de su rostro y el nerviosismo de su voz, eran claramente perceptibles en la imagen cromática de la TV en color.

—Señoras y señores —comenzó, atragantándose y humedeciendo sus labios—. El señor alcalde ha dicho, en pocas palabras, lo que yo trataré de ampliar a ustedes con cierto tecnicismo, para que sepan que, en cualquier circunstancia, no es prudente creerse con ventaja frente a esos dos hombres y esa mujer sin conciencia, aunque ustedes vayan armados con arma blanca o de fuego, y ellos están con sus manos desnudas. Por desgracia, un mundo sin contaminar, limpio y honesto como es el de las *Artes Marciales* y su práctica, se ha visto hoy dolorosamente manchado por la actitud criminal y salvaje de tres personas que, sin duda, aprovecharon sus conocimientos de la lucha oriental, noble y generosa, para ganarse la confianza previa de todos, y luego quitarse la máscara, demostrando qué clase de delincuentes eran en realidad.

Respiró hondo, volvió a carraspear y prosiguió, algo más sereno:

—Como miembro de honor de la Asociación de *Budokas* de Nueva York, como organizador de esa trágica Convención, debo rogarles a ustedes que perdonen mi error al confiar en esas personas, pero entre nosotros, los que conocemos las *Artes Marciales,* no caben dudas jamás sobre la integridad y honor de nuestros miembros. Claro que un garbanzo negro, un indigno; un ser que traicione sus juramentos más elevados, siempre puede darse en cualquier actividad, circunstancia y...

Alguien hizo un gesto, fuera de cámara, al conferenciante, porque éste se detuvo, mirando a un punto del Estudio, y se volvió luego a la cámara para añadir, nervioso:

— ¡Un momento, señores, por favor! Parece que hay noticias de urgencia sobre el caso, que acaban de llegar a este Estudio. Con

ustedes, el presentador del programa. Disculpen...

Alvin Grant apartó su recia humanidad del encuadre, y el presentador apareció ante sus espectadores del país, con un télex en la mano, que leyó con voz tensa:

—En estos momentos, señoras y señores, recibimos la siguiente nota de última hora: «La policía de patrullas del Estado de Nueva York, ha localizado una furgoneta blindada, junto a un "Cadillac" azul de alquiler, y en la citada furgoneta, encontró las metralletas usadas por los asesinos del Waldorf Astoria, así como una emisora de radio desde la que emitieron sus mensajes los secuestradores del alcalde y del jefe de policía. También estaban allí las cajas metálicas selladas, violentadas y vacías. Se ha comprobado que el coche azul lo alquilaron los *Dragones de Oro,* por teléfono, antes de viajar de San Francisco a Nueva York, y lo conducía un amigo suyo japonés, que no estuvo en la fiesta, y cuyo nombre es Shato Kodake, de nacionalidad japonesa. Igualmente, se nos informa que los asesinos fueron vistos en el lugar del hallazgo, y detenidos en primera instancia por dos patrulleros que, pese a todo, fueron desarmados y dejados inconscientes por los criminales, gracias a sus conocimientos de lucha oriental, que los patrulleros no tuvieron en cuenta. Posteriormente, robaron un coche-patrulla, dándose a la fuga, y siendo perseguidos por otro patrullero que, sin embargo, los perdió de vista al colisionar con un pesado camión que se cruzó en su camino. Los asesinos lograron huir, pero se sabe cuál es la zona donde deben hallarse forzosamente, y que será batida en las próximas horas, hasta dar con ellos, vivos o muertos.» Hasta aquí, señores, nuestra información de última hora. Les dejamos nuevamente con el señor Alvin Grant, cuyos conocimientos de la materia son ahora más necesarios que nunca para toda la población, tras la experiencia negativa vivida por dos valerosos patrulleros de la policía del estado de Nueva York...

Desapareció el presentador. En imagen, estuvo de nuevo el fornido y canoso caballero Alvin Grant, para seguir su información técnica divulgatoria, en torno a las *Artes Marciales* y lo que significaba dominarlas, para defenderse incluso sin armas.

* * *

Los Tres Dragones de Oro tuvieron ocasión de ver y escuchar todo ese programa en un televisor portátil, pero no antes de haberse deshecho del empleado de la gasolinera, cuyo televisor se llevaron, dejándose a cambio en su lugar una nota escrita, y una suma de dos mil dólares. El mensaje era escueto: «Le pago su televisor a más de su precio de nuevo. No sienta escrúpulos. Es dinero nuestro, no robamos. Somos inocentes de lo que nos acusan, pero suponemos que nadie va a creernos. Intentaremos demostradlo. Un saludo, y perdone la forma de tratarle. *Los Tres Dragones de Oro.*»

Colé y sus tres amigos, partieron en el automóvil robado, para cuyo dueño dejaron también otro mensaje más breve: «Tenemos que utilizar su coche. Perdone. Pronto será compensado por ello generosamente. Gracias. Podrá hallarlo intacto más adelante.»

Y mientras el coche rodaba, tomando un camino vecinal, entre bosque y matorrales, alejándose de las carreteras, endiabladamente surcadas por las sirenas de los patrulleros, contemplaban ensombrecidos, a través de la pequeña pantallita del televisor monocromático y portátil, la emisión de Alvin Grant y lo relativo a las últimas noticias. También recordaban la forma en que tuvieron que deshacerse del empleado de la gasolinera, antes de que éste hiciera funcionar su peligroso silbato de alarma.

Había bastado con que Frank Colé se ocupara de ello.

El joven *budoka* americano, saltó elásticamente sobre el

empleado. Fue como si un gigantesco felino lo hiciera. El otro, asustado, le vio venir por los aires, en proyección de todo su cuerpo, ya con el silbato cerca de sus labios.

Colé, en suspensión, antes de pisar de nuevo el suelo, disparó su pie hacia adelante, en seco *Mae-Geri-Chodan,* dirigido a la mano y boca del hombre, que era su primero y básico objetivo, ya que de lo que se trataba, era de evitar que llegase a utilizar el estridente silbato, llamando la atención de cuantos se hallaban en el parador.

Logró su objetivo. El pito escapó de los dedos del empleado, y a la vez, la boca de éste ni siquiera pudo emitir un grito, porque el tremendo impacto del talón del pie derecho de Colé, le causó un dolor intenso, y sólo pudo emitir un leve quejido.

Caía ya Frank Colé, poniendo sus pies en tierra firme, cuando su mano se disparó en *Shuto-Te,* en forma de sable, golpeando secamente el cuello del hombre, bajo su oreja.

Le bastó esa modalidad de *Kata-Te,* golpe con una sola mano, para abatir de modo fulminante al empleado de la gasolinera, que rodó por el suelo inconsciente. Frank se irguió en ese momento, volviéndose a sus compañeros. Señaló la pantallita luminosa, en el cuarto de trabajo de la gasolinera.

— ¡Recoged el televisor! Escribiré un par de notas mientras tú, Kwan, pones el coche en marcha. Vamos a averiguar directamente lo que sucede, gracias a ese receptor. Por desgracia, no tenemos otro medio que apoderarnos de las cosas ilícitamente, aunque compensemos a sus dueños de algunas forma. Esta es una situación muy especial. Y nos estamos jugando la piel a cada instante, como supongo que sabréis muy bien. Se trata, simplemente, de sobrevivir. Eso es lo primero. Luego, demostrar nuestra inocencia. Pero desengañaos: aunque lleguemos a salvar el cuello, ya no seremos los mismos. Lo sucedido ha terminado con muchas cosas, amigos míos…

Nadie le replicó. Comprendían sus sentimientos. Es más: Lena y Kwan parecían irse dando cuenta, paulatinamente, de la terrible realidad: aunque hubiera sido involuntariamente, en trance hipnótico o forzados por otra persona, sus manos se habían manchado de sangre. Una sangre que marcaría ya sus vidas y su futuro indeleblemente.

—Y ahora... ¿Ahora qué vamos a hacer, Frank? —preguntó Lena, acurrucada junto a él, mientras Kwan conducía y Shato miraba nerviosamente a su espalda una y otra vez, sin descubrir otra cosa que arboledas y matorrales en aquella campiña oscura y desierta.

—No lo sé —suspiró él—. Estamos intentando huir a alguna parte. No podemos volver a San Francisco. Ni ir a ninguna parte. Juntos somos lo bastante conocidos como para que nos den caza inmediata. No podríamos engañar a nadie. Un chino, una muchacha de color y un rubio ex-actor de cine... Tres personas así, y vistas por la televisión de todo el país, Lena, ¿adónde podrían ir que no fuesen reconocidos? Estamos metidos en un auténtico cepo. En un callejón sin salida.

—Pero, Frank, tú..., tú siempre tuviste ideas, recursos... —alegó Lena, mirándole esperanzada, muy de cerca, acurrucada contra él.

—Sí, es cierto —Colé ni siquiera notó emoción alguna esta vez, cuando sus manos y su cuerpo mantenían un cálido contacto con las formas voluptuosas de la muchacha de piel canela—. Siempre existe un recurso, Lena. El único que en estos momentos se me ocurre.

— ¿Cuál? —se interesó ella, abriendo mucho sus ojos, en la oscuridad del automóvil.

—Dividirnos. Separamos unos de otros. Cada uno por un lado, Lena.

—Separarnos... —susurró ella, alarmada—. ¿Eso serviría de algo?

—Lo ignoro. Pero sé de lo que serviría seguir unidos. De

nada. '

—Aun así, ellos imaginarán que nos dividimos. Detendrán a toda muchacha negra, a todo joven oriental, a todo rubio americano que vean... Y más, con nuestra imagen tan difundida en las últimas horas...

—Claro que lo imaginarán. También imaginarán que vamos a cambiar nuestro aspecto físico. Y eso es, justamente, lo que haremos.

— ¿Disfrazarnos? —dudó Kwan, escéptico, sin dejar de conducir.

—Eso es: disfrazarnos —asintió Colé—. Ellos lo sospecharán. Pero ¿sabrán *de qué* nos disfrazamos, realmente? No pueden detener a todo el mundo que consideren que puede ser uno de nosotros con el físico alterado. Tendrían que detener a medio Nueva York, y sería demasiado. Nos caracterizaremos, sí. Estudiad cada uno la personalidad que más puede prestarse a alejar sospechas. Intentaremos hallar los medios de cambiar nuestro aspecto. Y nos separaremos. Luego, en determinada hora y fecha, podremos reunimos en algún lugar, o establecer contacto con algún teléfono público determinado. Es todo lo que puede hacerse.

—Y total, ¿para qué, Frank? —musitó Kwan, amargamente—. Como tú dices... ¿quién convencerá a la gente de que lo hicimos bajo el efecto de una droga? ¿De qué nos servirá a nosotros, moralmente, cara al futuro, haber salvado la vida?

—Tal vez de nada. Pero vamos a intentar lo único que, quizá, esté en nuestra mano.

— ¿Qué es ello, Frank?

—Justicia. No venganza, sino justicia. Hemos de hacer justicia por esos trece infortunados seres asesinados. Por nosotros. Por ese dinero robado, que tal vez recogieron luego ellos, para su propio lucro, tras utilizarnos como marionetas a sus órdenes... Quiero, por encima de todas las cosas, saber quiénes son ellos, dónde se ocultan y

qué pretenden. Quiero que la última hazaña de los *Dragones de Oro,* sea destruir a esa organización, hacerles pagar el justo castigo por lo que han hecho. Sólo eso… y habremos terminado. Definitivamente.

— ¡De acuerdo, Frank! —Asintió Kwan Shang con energía—. Tenemos que hacerlo.

— ¡Sí! —dijo Lena—. ¡Hemos de hacerlo, por encima de todo! Así evitaremos, cuando menos, que se repita otra pesadilla así.

—Contad conmigo para lo que sea —gimió Shato, tristemente—. Aunque de bien poco sirva…

—Gracias, amigo —le miró Colé con simpatía—. Gracias por todo. Tú, como nosotros, no has sido sino una víctima de… ¿de quién?

—Eso me pregunto yo, Colé —susurró Shato, sacudiendo la cabeza con desaliento.

—Al menos, algo sabemos: hay gente con ropas amarillas, unos ojos amarillos… y una *Cruzada.* Eso, y una droga que anula la voluntad, al quemarse ciertas plantas, posiblemente orientales.

—Poco es, ¿no te parece? —musitó Lena, acurrucándose más contra él, sintiendo que sus pechos se oprimían contra el torso y el brazo de Colé.

—Poco. Pero es algo, Lena —los ojos grises de Colé brillaron agudamente—. Algo es…

Capítulo VI

LUCHANDO EN LA SOMBRA

Era una pequeña tienda de disfraces y artículos teatrales, perdida entre viejos establecimientos dedicados a la compra-venta y al empeño de toda clase de objetos, en la zona multicolor del Village.

Cerraban a mediodía, por el sencillo procedimiento de colgar un cartelito tras la puerta vidriera, señalando el horario de cierre, y pasando un pestillo que dejaba la puerta herméticamente cerrada a todo posible comprador.

Frank Colé miró a ambos lados de la calle, desde el lugar donde se cubría en parte, leyendo un diario desplegado donde, por desgracia, su acción del día anterior aparecía profusamente informada, con grandes titulares y reproducciones de las imágenes del videos, copio, tal y como fueron tomadas por la televisión.

Era el momento que había estado esperando. Caminó hacia la tienda, plegando el diario tranquilamente. Por el Village, a la una de la tarde, no circulaba apenas nadie. Allí se vivía de noche. En las cercanías, unos niños de color jugaban al *béisbol* en un solar lleno de basuras.

Colé sabía que su actual disfraz era bastante precario: unas simples gafas ahumadas, maquillaje de mujer, oscureciendo su piel, y el pelo rubio, teñido con una tintura horriblemente negra, para cubrir lo más peculiar en su persona.

Eso y unas viejas ropas hurtadas en un lugar cercano a Nueva York la noche antes, le habían servido para intentar lo más difícil. Sencillamente, Colé no huyó de la ciudad de Nueva York, sino que *regresó* a ella. Entre los cientos de miles de trabajadores, oficinistas y empleados que entran diariamente en la ciudad, procedentes de las cercanías para integrarse a su trabajo cotidiano, podía pasar

desapercibido. La policía no era capaz de controlar a cientos de miles de hombres y mujeres. Además, nadie esperaría que regresaran, en vez de huir lo más lejos posible.

Lena y Kwan esperaban en una casa abandonada y ruinosa, al interior del Estado. El se había acercado a Nueva York, en un tren de cercanías. No hubo control de documentación. Para entrar, todo era sencillo. No sospechaban que ninguno de ellos regresara tan audazmente.

Una vez en la ciudad, se encaminó a aquel barrio donde sabía que existían esa clase de tiendas. Los actores profesionales o aficionados, adquirían en ellas los útiles para sus representaciones.

Llegó a la puerta cerrada. Probó. El pestillo era fuerte. Tendría que violentarlo, si quería entrar por allí. Optó por el medio más sencillo. Estiró su mano en un golpe seco con el puño utilizado como un martillo. Era una técnica del *karate,* como tantas otras. Un impacto llamado *Tsutchi-Ken, o puño-martillo.*

Usando el borde libre del metacarpo del dedo meñique, se administraba el golpe con el golpe con el puño, muy semejante a un martillazo. Y de efectos similares.

Ni siquiera se hirió con los vidrios. La mano de un *karateka* es sólida y dura como una piedra. El vidrio de la puerta se hundió con un chasquido seco, cayendo una parte de él en fragmentos al interior de la tienda.

Rápido, pasó su mano Colé por el hueco, y tiró del pestillo. Escuchó, atento. Arriba, en un piso superior, captó pisadas y movimientos de sillas. Los dueños del local iban a comer. Sonrió, entrando rápido en la tienda y cerrando tras de sí.

En rápida pasada, tomó todo cuanto deseaba: pelucas, tintes, postizos de goma, pasta moldeable y cuanto utilizan los actores para caracterizarse. Una vez con todo ello, salió nuevamente, sin producir

ruido alguno. Una vez fuera, cerró otra vez con el pestillo interior.

Caminó hacia los muchachos de color. Les tendió un billete de cinco dólares.

—Os compro la pelota de *béisbol* —dijo, risueño.

Ante los cinco dólares, no vaciló ninguno de ellos. Le tendieron su mugrienta y fea pelota, alejándose rápidamente, en medio de gran algarabía, llevándose consigo el dinero.

Colé esperó a que hubieran desaparecido todos ellos. Entonces tomó impulso y arrojó la pelota fuertemente, contra la puerta vidriera, desapareciendo con celeridad tras una esquina.

Oyó el estrépito del resto del vidrio, al quebrarse y penetrar la pelota en la tienda. Colé se alejó con la celeridad de un chiquillo tras una travesura.

Pero no era una travesura. Los dueños de la tienda bajarían al ruido, y hallarían la pelota dentro, y el vidrio roto. No sospecharían nada, culpando a los muchachos de lo sucedido. Ni advertirían la falta de unos escasos artículos, entre tantos como se amontonaban allí. No habría denuncia por robo. La policía no tendría noticia de que alguien había tomado objetos de caracterización para alterar su rostro, su aspecto todo. Podía ser una información que diese pista a la policía para preveer sus pasos inmediatos.

—Satisfecho de su estrategia, Frank Colé tuvo que afrontar ahora lo más peligroso: volver a salir de Nueva York, reunirse con sus amigos en el paraje elegido como refugio. Y entregarles los objetos seleccionados para cambiar su físico. El de él, tenía que estar ya alterado cuando saliera de la ciudad. No sólo eso, sino que necesitaba documentación falsa, o no iría muy lejos.

Una llamada a larga distancia a San Francisco, a un determinado número de Chinatown que sólo él conocía, le dio los informes necesarios. Otra dirección, en el Barrio Chino de Nueva York, le

facilitaría lo que buscaba.

Frank se encerró en un lavado público, con el maletín donde llevaba los útiles de caracterización. Al salir, era otra persona.

Un hombre de rostro ancho, nariz aplastada, ojos negros —lentillas de ese color, por supuesto—, entrecejo hosco, boca de mandíbulas deformes, y un pelo rizoso y oscuro, propio de un latino. Un traje adquirido más tarde en unos grandes almacenes, dos o tres tallas mayor que la suya, completó el disfraz. Su imagen en un espejo, resultó satisfactoria. Ni él mismo se reconocía.

En Chinatown, aquella tarde, un silencioso oriental con aspecto de anticuario, le facilitó una tarjeta de la Seguridad Social, un permiso de conducir, una tarjeta de identificación laboral y otros documentos, incluso dos tarjetas de crédito, a nombre de un tal Stephen Moulder, Memorizó este nombre, y pagó al silencioso chino quinientos dólares.

Luego, ya de regreso al lugar donde esperaban Lena, Kwan y Shato, incluso pasó un control policial satisfactoriamente. Nadie sospechó nada. Era la mejor reválida para su asignatura actual.

* * *

Lena Tiger recordó, inevitablemente, una cercana aventura, en Singapur, con una hermosa contrabandista ninfomaníaca, llamada Draga[5]. Lo peor es que luego, también resultó lesbiana, para desgracia suya. Esperaba que esta vez, no se presentaran apuros semejantes en su camino. Pero el disfraz era similar, aunque algo más perfecto.

En aquella ocasión, Lena había vestido de muchacho, atrayendo sobre sí los deseos de la bella aventurera. Cuando se descubrió su verdadero sexo, no le sirvió de mucho, porque Draga no ponía ya remilgos a nada.

Ahora también vestía de muchacho. Era un joven negro, de pelo

engomado, liso, aire insolente y montón desafiante, demasiado ancho de mandíbulas, gracias a los rellenos de goma. La nariz también se achataba y deformaba, con los adminículos aplicados en su interior. Vestía traje claro, sin corbata, disimulando con una chaqueta amplia sus formas de mujer. A primera vista, parecía un negro afeminado y pretencioso. Justamente lo que ella había querido dar. Una imagen convincente, muy alejada de la de Lena Tiger.

Oscureció también el tono de su piel, y se puso unas gafas de cristales redondos, oscuros. Nadie hubiese relacionado a aquel joven de color con la bella y elástica Lena Tiger.

Sus documentos de identificación, así como los de Kwan Shang, le daban otro nombre y sexo, en consonancia con su aspecto, cuando pasó por Chinatown a recoger la documentación falsificada. Ahora podía deambular por la ciudad con cierta seguridad y confianza. Pero siempre sin dejar de estar en guardia.

Se preguntó qué aspecto presentaría Kwan Shang, cuyo físico resultaría más difícil de alterar. De todos modos, por separado, era difícil que fuesen cazados. La policía no podía vigilar a cada persona de color ni a cada chino u oriental que recorriese la ciudad. Además, Kwan Shang iba a mantenerse lejos de Chinatown, precisamente porque ésta era la zona más patrullada de la ciudad, en busca del luchador de *Kung-fu* perteneciente al grupo de los *Dragones de Oro*.

Tenían un determinado teléfono al cual llamar a cierta hora, y repetir esa llamada de media en media hora, si nadie respondía. Era una cabina pública concreta, elegida por Colé a tal efecto. Sería, de momento, su único medio de enlace y comunicación. A través de él, decidirían lo que podía hacerse inmediatamente[6].

Eso era todo de momento. La estrategia de la lucha desde la sombra a que se veían forzosamente relegados, dependía de cada uno de ellos. Tenían poco por dónde empezar. No sabían a quién buscar ni

en qué dirección. Solamente su propio instinto y una gran dosis de buena fortuna, podía conducirles a una posible pista o a un hallazgo de alguna utilidad.

Momentáneamente, no había nada de eso. Lena Tiger, como Colé y como Kwan Shang, era un personaje perdido en la inmensa colmena de millones y millones de seres. Frank estaba seguro de que los culpables se hallaban allí mismo, en el propio Nueva York, en estos momentos. Estarían, hasta que los *Dragones de Oro* fuesen cazados por el policía, vivos o muertos. Quizá estarían planeando alguna otra acción, para obtener más dinero, como en la famosa Convención. Pero ¿dónde? ¿Cuándo?

Todo eran suposiciones, hipótesis. Y seguirían siéndolo, en tanto no se descubriese un rayo de luz, el primero. 0 quizá no llegase nunca esa luz.

Pero llegó. Y tuvo que ser precisamente Kwan Shang quien la viese el primero.

* * *

El viejo chino de cabellos blancos, de rostro rugoso y apacible, ojillos estrechos, espalda encorvada y largo kimono de seda negra y plata, caminaba con pasito corto, calzado con las zapatillas tradicionales de su país, por el corazón mismo de Chinatown, tras haber tomado un frugal almuerzo en un restaurante típico. Se detuvo a contemplar las fotografías y afiches de una película oriental de *nudies,* en un pequeño cine especializado en el género, y sacudió la cabeza con aire de reproche, ante los fotogramas eróticos de la propaganda.

Un par de patrulleros pasaron junto a él, dejando resbalar su mirada indiferente sobre el viejo oriental encorvado, y no pudieron

evitar una sonrisa de comprensión al descubrir en su rugoso rostro aquel gesto de reprobación contra semejante clase de cine.

—Los tiempos cambian, abuelo —dijo el patrullero más cercano —. Hay cines peores que éste, créame.

—Basura —recitó con voz cascada el anciano oriental, mirando con desprecio a unas bellas damiselas desnudas, de facciones exóticas, en una de las carteleras—. El mundo de hoy es todo basura, agente...

Y siguió adelante, meneando la cabeza con desaliento, justo cuando a la salida de la proyección del *nudies*[7], los dos policías detenían a un joven chino y le pedían su documentación,

Se alejó con su pasito corto el viejo oriental. Una vaga sonrisa irónica animó sus delgados labios entre la red inextricable de arrugas de su apergaminado rostro, y los ojillos almendrados brillaron con rara vitalidad para un hombre tan anciano.

Nadie, absolutamente nadie, podía reconocer en el decrépito chino a Kwan Shang, el *budoka* del *Kung-fu.* Su caracterización, incluso en Chinatown, había sido un total acierto.

Poco después, entraba en una angosta, oscura tienda de antigüedades, repleta de piezas de jade, marfil y porcelana. Un gordo, carilleno oriental sonriente, de esplendorosa bata roja y amarilla, bordada de dragones, apareció sonriente, tendiéndole ambas manos con afecto. Era una viva imagen del risueño y rollizo Buda de la imaginaria China.

—Mi muy honorable compatriota... —saludó, cordial—. Este humilde servidor tuyo te da la bienvenida a su casa. Un común amigo nuestro, el honorable Li-Fen, me ha telefoneado desde San Francisco, anunciándome tu visita... ¿Eres tú, por ventura, quien él dijo que se presentaría a mí como...?

—Como Huang Hu —asintió sonriente el visitante—. Sí, ése soy yo, hermano y amigo. No es auténtico

el aspecto que me ves, como ya habrás imaginado. Pero necesito de ti para encontrar lo que busco.

—Mi amigo, el muy honorable Li-Fen, ya me habló de ello por teléfono —los ojillos maliciosos del chino gordinflón, se fijaron en el supuesto anciano—. Soy todo oídos. ¿Qué necesitas saber?

—Algo secreto, sin duda alguna. Y que afecta a nuestra raza, hermano Chang —habló Kwan Shang apaciblemente—. ¿Has oído hablar de… de una *Cruzada?*

Las pupilas oblicuas de Chang, brillaron enigmáticamente. Una cierta excitación asomó a su gesto, a sus movimientos.

— ¿A qué *Cruzada* te refieres, hermano Huang Hu? —preguntó, cauto—. Recuerdo una, en la que Jerusalén era la meta de los cristianos que…

—Hermano Chang, sabes bien que *no* me refiero a esa Cruzada —cortó Kwan, fríamente, clavando sus ojos en el anticuario—. *Hay otra Cruzada* ahora mismo, sin duda. Algo relacionado con budistas, con túnicas amarillas… Y con los ojos amarillos, concretamente. ¿Sabes algo de eso?

—*Ojos Amarillos…* —repitió Chang con un estremecimiento, mirando en torno, aprensivo—. ¿Quién te habló de eso, hermano mío?

—Alguien —se encogió vagamente de hombros el falso anciano —. Necesito saber. A toda costa. Tú puedes informarme. Leo en tu gesto que sabes algo…

—Poco sé del tema. . —bajó la voz, en un ronco murmullo—. Escucha, honorable Huang Hu, se dice en el Barrio Chino que hay gente que adora a un nuevo dios del Oriente todo. Un libertador que emancipará a los pueblos de Asia y los volverá contra la civilización blanca, occidental… Puede ser cierto. Pero también dicen que es sólo

una secta, un grupo fanático y peligroso...

—Necesito saber más. ¿Dónde se reúnen, quiénes son sus adeptos?

—Quieres saber demasiado —suspiró el gordinflón de tez amarilla. Meneó la cabeza de lado a lado—. No puedo decirte más. La gente habla, murmura... Pero nadie sabe algo concreto. Es difícil llegar al fondo de la cuestión. Esas cosas siempre son difíciles, oscuras... sutiles.

—Creo que se trata de una organización criminal que se disfraza bajo la apariencia de una secta religiosa. Su supuesta *Cruzada,* no es sino un modo de llamar a sus delitos contra la sociedad. Como cualquier delincuente, buscan dinero fácil. Alguien se está aprovechando, quizá, de la buena fe de alguien... Chang, si al menos supiera quién puede ser ese que tenga buena fe, el que sea utilizado como pantalla, como pretexto... Aquí, vosotros escucháis rumores, murmuraciones... Aunque sólo sea a título de rumor... sabes algo más, ¿no es cierto?

Chang desvió la mirada. Se encogió de hombros, hablando entre dientes:

—Mi honorable amigo de San Francisco es hombre amado y respetado en mi casa. Le debo grandes favores. No puedo ocultarte lo que sé. Pero sólo es eso: un rumor... Dicen que un respetable religioso de nuestra raza, ha creado nuevos adeptos a una nueva fe... Dicen que ese religioso es Ly Nam Bo...

—Ly Nam Bo... ¿Dónde puedo encontrarle?

—El está siempre meditando, siempre en su mundo de abstracción... Le visitan muchos para pedirle consejo. Encontrarás su humilde santuario cerca de aquí, en los bajos del Salón Celeste, en el Callejón de las Linternas Rojas... Pero ten cuidado, hermano Huang Hu...

— ¿Cuidado? ¿Con qué? —preguntó, cauto, Kwan Shang—. ¿Debo temer de un místico creyente y absorto como Ly Nam Bo?

—No de él, sino de algunos de sus fieles... —sonrió enigmáticamente el carilleno anticuario chino—. No te digo más, hermano. Que la paz y la felicidad eternas sean contigo y con los tuyos, honorable amigo.

—Y contigo, admirado y digno hermano —saludó ceremoniosamente Kwan, retrocediendo entre inclinaciones correspondidas cortésmente por su anfitrión.

Salió a la calle. Encaminó sus pasos al Callejón de las Linternas Rojas. Antes, se detuvo en una de las pintorescas cabinas telefónicas de Chinatown, decoradas al estilo oriental, con techo de pagoda y colgaduras de seda. Marcó el número público previsto.

Descolgaron. Una voz femenina preguntó, tensa: — ¿Sí?

—Huang Hu —dio Kwan su falso nombre—. ¿Y tú?

—Blackie Diamond —dio Lena a su vez el que ella usaba como negrito feminoide—. ¿Algo nuevo?

—Tal vez. ¿Sabes algo de *Stephen?*

—Nada. Ahora me iré de aquí, por si él viene. Llamaré a este número dentro de media hora. ¿Dónde estás?

—En el Barrio Chino. Anota esto: Ly Nam Bo, un místico chino. Bajos del Salón Celeste, en el Callejón de las Linternas Rojas. Un libertador pretende emancipar a los pueblos de Asia de la hegemonía occidental. Puede ser una secta de fanáticos. Ly Nam Bo parece honesto, pero fanatizado. Alguien puede utilizarlo. Es todo.

— ¿Qué vas a hacer?

—Visitar a ese místico.

—Puede ser peligroso.

—Todo es peligroso ahora. Hay que hacerlo. Aquí hay muchos rumores, pero nada probado ni concreto. Así son la gente de mi raza.

—Entiendo. Informaré a *Stephen* en cuanto contacte con él. ¿Alguna ayuda?

—De momento, no. Llamaré dentro de media hora o una hora, si todo va bien.

—Estaré yo, o estará él. No dejes de llamar.

—Si no llamo... buscadme. Será señal de que algo ha salido malí, Blackie. ¡Adiós!

— ¡Adiós! Y suerte.

Colgó Kwan Shang. Reflexionó un momento. Luego, se encaminó al Callejón de las Linternas Rojas. Discurría entre una gran tienda de artículos orientales y un restaurante chino. Era corto el callejón. El Salón Celeste era un local para tomar el té al estilo tradicional chino. Los bajos, los ocupaba un recinto desprovisto de cualquier clase de anuncio. Pero unos caracteres chinos, sobre una vidriera polvorienta, fueron legibles para Kwan:

BUSCA LA PAZ ESPIRITUAL Y LA FE

ENTRA. TE ESPERO

Era toda una invitación tentadora. Y peligrosa tal vez, como dijera el rollizo y orondo Chang, el anticuario. Pero no podía volverse atrás. Ya no. Sólo existía un camino, y era éste. Lo iniciaría, pasara lo que pasara.

Kwan se decidió. Con su pasito menudo y su aire de venerable anciano, descendió los escalones tras la verja, hacia los bajos situados a nivel inferior al de la calle. Empujó una puerta de vidrios también polvorientos. Tintinearon colgaduras metálicas chinas.

—Entra, venerable hermano —susurró una voz cascada, en chino—. No temas la oscuridad. Mi luz está por encima de todo eso... Entra. Te espero. No es sólo una frase...

Kwan avanzó hacia el lugar de origen de aquella voz. Encontró unos cojines extendidos por el suelo. Se acomodó con la aparente dificultad con que lo haría un hombre de la edad que él aparentaba. Se notaba escudriñado por ojos invisibles.

—Muchos son tus años para buscar ahora la fe perdida —sentenció la voz en la sombra—. Pero habla. Ly Nam Bo, iluminado por Buda, te escucha… y te comprende. Habla, hermano.

Kwan habló, con el tono cansado de un verdadero anciano, en su lengua natal:

—Venerado y amado Ly Nam Bo: me hablaron de tu sabiduría y de tu fe. Necesito de ellas porque tengo un hijo malvado que abandonó a su amante padre, para ir en busca del pecado y del vicio. También tengo una hija que se ha alejado de mí, para dedicarse a vergonzosas exhibiciones de su cuerpo para esos hombres de Occidente que filman escenas sucias y las exhiben en los locales abyectos…

—Entiendo, hermano —asintió la voz, al tiempo que una tenue luz de lamparillas se hacía en la sala—. Pornografía, corrupción, prostitución y vileza. Eso trae Occidente a nosotros. Eso nos da, esclavizándonos a su dinero y a su propaganda. Dime dónde están ellos, y mis leales siervos irán en su busca para traerlos hasta aquí y enseñarles el verdadero camino.. Deja que me concentre y dame esos datos. Yo daré mentalmente con ellos, proyectando mi espíritu hacia su actual paradero. Habla, hermano, habla…

Kwan Shang se agitó, algo inquieto. La luz fantasmal le reveló a un hombre flaco, amarillento de piel apergaminado, de largas barbas blancas de chivo, desflecadas y lacias, bigotes también lacios y canosos, caídos a ambos lados de su boca imperturbable, y ojos entornados, en éxtasis, bajo el cráneo calvo, rugoso. Parecía realmente un místico o un santón, un poseído de alguna fuerza interior. Oriente

tenía misterios esotéricos de esa naturaleza, que no podían asombrar a Kwan. Pero que le preocupaban.

—Mi hijo se llama Kwan —recitó, mintiendo—. Mi hija, Fah... Ella está en un lugar llamado Hollywood, en California. El... aquí, en esta ciudad. En el Village, con homosexuales que le pervierten.

Era una mentira convincente, a su juicio. Pero la inquietud creció de punto. El místico sentado entre cojines negros, extendió de repente un brazo huesudo, apenas cubierto por la ancha manga de su kimono negro, y le señaló con un dedo sarmentoso y rígido, acusador y terrible.

—Mientes... —silabeó—. ¡Mientes, hermano! Ellos no existen. No están donde dices, porque no tienes tales hijos... ¡Tu apariencia es falsa, pura mentira! ¡Eres joven y has venido a engañarme, a burlarte de mí! ¡Tú, que eres oriental como yo, traidor embustero! ¡Maldito seas, y que te maldigan las fuerzas de la oscuridad! ¡Vete! ¡Vete, vete de aquí!

Temblaba, como poseído, al hablar así. Kwan se preguntó qué había salido mal en su embuste. Fuese lo que fuese, el místico amarillo tenía algún poder especial. Y había penetrado en el engaño.

Kwan se incorporó vivamente, disponiéndose a salir de allí con rapidez. Al volverse, vio que no iba a ser tan fácil lograrlo. Recordó las palabras de Chang, el anticuario:

—*«Ten cuidado, hermano... No de él, de Ly Nam Bo, sino de alguno de sus fieles...»*

Una vez más, su confidente había tenido razón. Toda la razón.

La puerta no era accesible ya. La salida era utópica.

Ante él, cerrándole el paso, había seis gigantes de cráneo rapado, de túnica amarilla, de rostro hermético, oriental y frío. Sus manos eran como mazos, sus cuerpos como estatuas de piedra.

—No —dijo uno de ellos, dando un paso hacia él—. No puede

salir el farsante. Antes, debemos saber quién es… y quién se oculta bajo ese disfraz.

Kwan Shang sabía que era una lucha terriblemente desigual. Pero no podía hacer otra cosa. Y no. Eran seis enemigos, seis luchadores sin duda alguna. Y él, uno solo.

No era la primera vez que se enfrentaba a algo así, aunque quizá sí fuese la última.

Y decidió luchar. Después de todo, era un *Dragón de Oro.* Tenía que luchar. Nunca se daría por vencido.

Ahora sabía que, por fin, había hallado la pista hacia la *Cruzada* amarilla. Lo que hacía falta, era que pudiera seguirla más allá, si le dejaban con vida para ello…

Capítulo VII

OJOS AMARILLOS

El hombre de rostro deforme y ropas anchas, contempló, pensativo, la cabina telefónica, el teléfono silencioso. Miró su reloj una vez más.

Iba a cumplirse una hora y diez minutos. El teléfono seguía callado. Sonó de repente.

Rápido, entró el hombre en la cabina. Descolgó.

—Stephen —dijo—. ¿Es Huang Hu?

—No. Soy Blackie —dijo la voz de Lena. Parecía alarmada—. ¿No ha llamado?

—Aún no. Esperaré media hora más. ¿Algo nuevo por tu parte?

—Nada. ¿Quieres que vaya a Chinatown?

—No. Una persona de tu color, llamaría la atención allí. Es mejor que vengas aquí y esperes llamada, si yo me voy dentro de media hora. Llama entonces. Si no respondo, es que fui a Chinatown, en busca de Huang Hu, ¿entendido?

—Sí. ¿Qué hago si no contestas entonces?

—Es cosa tuya. Decide tú misma. Pero voy a activar mi pequeño microemisor de ondas. Adquiere un detector en cualquier establecimiento de electrónica, y sitúalo en la frecuencia adecuada. Eso puede servirte para localizarme, en caso de que todo vaya mal.

—Ellos pueden localizar también tu microemisor. Recuerda lo que llevaba consigo Shato, allá en San Francisco. Tienen algún experto a su servicio.

—Lo supongo. Pero no puedo hacer otra cosa. Si todo va mal avisa a la policía y dales el informe anónimo de todo lo que te dio Huang Hu. Si capturan a los sectarios, es posible que hallen el dinero robado. No sé si creerían la historia de nuestra hipnosis, pero se les

puede hacer una prueba, si ellos tienen plantas alucinógenas en su poder. Es importante que les puedan coger con las manos en la masa, Lena. Eso resolvería de una vez por todas el misterio. Aunque a nosotros no nos devuelva nuestra propia paz y nuestra confianza anterior. Si hemos de morir, al menos que ellos paguen su culpa.

—Entendido, Stephen. ¿Cuánto tiempo espero para informar a la policía?

—Sólo hasta que notes que el microemisor deja de emitir ondas. Eso significará que me han cazado y me han despojado de él. Actúa entonces. ¡Adiós, Blackie!

—Suerte, Stephen. Y hasta pronto —susurró Lena, con voz más esperanzada que él.

Colgó Frank Colé, bajo su nueva apariencia desgarbada. Luego, resueltamente, se alejó un poco, deteniéndose a leer el periódico, a una distancia prudencial de la cabina.

Transcurrió la media hora. Y cinco minutos más. Finalmente, Colé tomó su decisión. Kwan Shang no llamaba. El tenía que ir ahora a Chinatown. Y buscar el rastro del Callejón de las Linternas Rojas...

* * *

Aunque Kwan comenzó victorioso su desigual combate, utilizando sus manos bien en *Tao-Shou, o* forma de cuchillo, bien en posición *Hu-Chao,* o *zarpa de tigre,* golpeando certeramente a tres de los luchadores enemigos, con los movimientos y series de la técnica del *kung-fu,* pronto las cosas cambiaron de cariz para él.

Con un *Chuka-Shiki* certero, abatió al primer adversario. Los otros dos, fueron víctimas fáciles, pese a su corpulencia, con una serie *Ch'an* y otra *Kai,* que dio con ellos en tierra, muerto el uno por fractura de tráquea, y desvanecido el otro por el mazazo brutal en su

estómago, que le derrumbó inconsciente.

Cuando sólo quedaban tres enemigos de túnica amarilla, y la voz chillona y cruel de Ly Nam Bo gritaba pidiendo ayuda y maldiciendo al intruso, se llenó el bajo con la presencia masiva de una docena larga de hombres, todos rapados de cráneo y provistos del hábito amarillo de los budistas.

Pero aquellos budistas distaban mucho de ser pacíficos y dignos. Le atacaron en tromba y, aunque utilizó la serie *Li,* manejando las dos manos abiertas, demoledoras, y hasta otros tres salieron despedidos, con golpes de *kung-fu* en puntos vitales de sus cuerpos, uno de los extraños monjes alzó en sus manos un pesado y contundente *tonfa*[8], con el que martilleó el occipital de Kwan Shang.

Fulminado, éste cayó al suelo, a pies de la nutrida masa de leales a Ly Nam Bo. La voz de éste, autoritaria y firme, se elevó por encima de todo otro ruido:

— ¡Bien, mis leales hijos! ¡El traidor y farsante ha pagado su culpa! ¡Llevadle ahora a nuestro santuario de la nueva Fe, y sacrifiquemos su vida al poder del *Gran Maestro Amarillo,* que está por encima de mí y de todos nosotros, para gloria futura de todo el Oriente y de sus hijos leales y dignos!

—Sí, gran señor —dijo respetuosamente uno de los uniformados de amarillo. Señaló al caído y dio órdenes en lengua china a sus hombres—. Aseguraos de que no puede moverse cuando se recupere. Y llevadlo al santuario cuando caiga la tarde. No antes, para que no sea visto movimiento aquí. Traeremos un vehículo para su traslado. Vamos, pronto. El gran señor Ly Nam Bo, necesita paz y reposo para sus meditaciones.

Los monjes amarillos, actuaron con rapidez, atando concienzudamente al derrotado Kwan Shang. El cabecilla del grupo procedió a desprender la peluca blanca y el plástico adherido al rostro

del falso anciano. Las facciones jóvenes y agradables de Kwan, asomaron debajo. El monje lanzó una imprecación.

— ¡Es Kwan Shang, el *Dragón de Oro!* —murmuró—. Eso significa que todos ellos se han disfrazado… y no deben andar lejos. Extrememos las precauciones. Si logramos cazarlos a todos nuevamente, esta vez no quedarán libres. Serán entregados a la ley, para que nosotros quedemos definitivamente tranquilos… De todos modos, eso deberá decidirlo el *Gran Maestro Amarillo*…

Y desaparecieron por el fondo del local, en las sombras inciertas de aquellos bajos, mientras Ly Nam Bo se acomodaba, hierático, en sus cojines negros, dedicándose nuevamente a una profunda meditación.

* * *

Oscureció rápidamente sobre Manhattan. Y, naturalmente, sobre las callejuelas pintorescas del Barrio Chino de Nueva York, enclavado en pleno centro de la isla.

Una puerta vidriera de los bajos del Salón Celeste, se abrió sigilosamente, apenas se fueron encendiendo en las calles las luces del alumbrado público. Una serie de faroles chinos, de color rojo, bailotearon exóticos en el callejón. Eran las luces que daban su pintoresco nombre a 'la callejuela.

Una furgoneta oscura se había detenido ante los bajos. Del interior del edificio, salieron unos hombres envueltos en gabardinas grises y con sombrero sobre su cabeza. De ese modo, ocultaban su cráneo calvo y su túnica amarilla.

Cargados con un cuerpo inmóvil, subieron a la furgoneta, que cerró sus puertas y se puso en marcha. Pasó rodando lentamente, junto al Salón Celeste y su marquesina luminosa, salpicada de

caracteres chinos.

Nadie notó, dentro de la furgoneta, el aterrizaje suave, elástico, de una sombra felina, lanzada desde la marquesina del salón de té, hasta el techo del vehículo. Sus piernas flexionadas amortiguaron suavemente, sin el menor ruido, el contacto con la carrocería.

La furgoneta siguió viaje. Un hombre tendido sobre su techo, viajaba con ella. Detrás, quedaron los bajos en sombras. Las luces de las linternas chinas de color rojo, hasta diluirse entre las mil luces de colores de Chinatown.

Frank Colé viajaba ya con Kwan Shang y sus raptores. Pero eso, nadie salvo él lo sabía. Desde que viera detenerse la furgoneta ante la casa, poco antes de oscurecer, planeó su propia actividad, imaginando lo que iba a suceder apenas se hiciera de noche.

Ignoraba adonde se dirigían. Sólo confiaba en que su pequeño microemisor de ondas, fuese transmitiendo su leve *bip-bip-bip* claramente, hasta el receptor electrónico de Lena.

Era la única forma posible en que podía contactar con ella ahora. Y ella con la policía, si las cosas se ponían feas no tardando mucho.

Tendido en el techo del coche, Frank utilizó algo que había llevado consigo, adquirido en un establecimiento de artículos teatrales aquella misma tarde: un casquete color carne, levemente aceitunado, para fingir el cráneo afeitado de un oriental. Según el vendedor, aquellos casquetes se acostumbraban a utilizar en caracterizaciones como la de *Fu-Manchú* y personajes parecidos. Colé, sonriendo para sí, se dijo que su utilidad en este caso iba a ser también muy parecida.

Se despojó con alguna dificultad de sus postizos de goma, siempre forzado por la postura sobre el vehículo, ya que no debía ser visto ni por los ocupantes del mismo, ni por los demás peatones o automovilistas. Y menos aún por policía alguno.

De un bolsillo, extrajo la última pieza de su repertorio de adquisiciones teatrales: una máscara delgada, plastificada, de un rostro oriental. La ajustó a su cara, y se amoldó como si fuese una nueva epidermis, admitiendo incluso gestos y flexiones faciales sin revelar su material artificioso.

De día, todo esto no podía resultar en modo alguno. Confiaba en que la noche, y tal vez la escasa luz del lugar adonde se dirigían, sí era tan esotérico como imaginaba, pudieran servirle para su idea. Si no, todo estaría perdido.

Ajustado el casquete de cráneo rapado, y con la máscara flexible adherida al rostro, Frank Colé tenía una perfecta apariencia de chino, siempre que no se aproximaran demasiado a él, o la claridad fuese abundante, en cuyo caso la posticería sería inexorablemente descubierta.

Esperó, tras la nueva metamorfosis, mientras el automóvil se alejaba más y más del centro de Nueva York, en dirección a un punto situado al sur de Manhattan.

Tan al sur, que pronto descubrió Colé las vecindades de Battery Park. Luego, súbitamente, la furgoneta viró hacia el East Side, buscando las márgenes del East River, sin duda alguna.

Cuando frenó el coche, Colé, materialmente aplastado contra el techo del mismo, vislumbró las oscuras aguas, los barcos y barcazas allí fondeados, y la proximidad de una serie de almacenes y tinglados portuarios.

El aire olía a humedad y a aceite, a aguas estancadas y a gasolina. Observó que descendían del coche los hombres de gabardina y sombrero, llevando consigo el bulto oscuro, envuelto en ropas. Caminaron hacia la orilla. Colé aguzó la mirada, en medio de la profunda oscuridad reinante, sólo diluida en parte por los reflejos de algunas luces en las negras aguas, y por unas cuantas bombillas,

dispersas por los embarcaderos.

Subieron una pasarela, con su cautivo, en hilera silenciosa. Uno de los hombres se quedó en el suelo negro y mojado del muelle, vigilando en derredor. Los demás, se hallaron pronto a bordo de una embarcación con aspecto de remolcador.

Frank Colé entró en acción. Saltó a tierra, por el lado opuesto a aquel donde se hallaban el remolcador, la pasarela y el guardián situado en tierra. Sus piernas flexionadas, una vez más, amortiguaron el descenso, que fue totalmente silencioso.

Después, rodeó cautelosamente la abandonada furgoneta. Miró desde allí, hacia la pasarela. El hombre de larga gabardina gris y sombrero flexible encasquetado, paseaba, mirando hacia el remolcador, a la espera sin duda de ser llamado a bordo también.

Frank sonrió duramente en la sombra. Dio un rodeo, pasando por detrás de fardos y embalajes dispuestos para la carga. Llegó a espaldas del solitario individuo.

— ¡Wong! —oyó silabear desde arriba—. ¡Ya puedes subir! Todo va bien...

Hablaban en lengua china, pero Colé había aprendido ese idioma, perfeccionándolo a través de su convivencia con Kwan Shang. Lo entendió perfectamente. La respuesta del otro fue escueta, y en el mismo idioma:

—Sí, ya voy...

Arriba, el que llamaba a Wong se alejó. Colé saltó como un tigre sobre las espaldas del hombre. Antes de que éste pudiera reaccionar, un fulminante golpe con la mano en *shuto,* es decir, usada como un sable.

El impacto con el filo, cayó sobre la nuca del oriental con toda la fuerza de que Frank Colé era capaz. Wong cayó muerto.

Era inevitable. Tenía que hacerlo. O cuando Wong se recuperase,

su presencia a bordo sería fatalmente detectada. Era una feroz lucha a muerte, en la que su vida dependía de lo que hiciera con los demás.

Rápido, se despojó de sus ropas, y se vistió la túnica amarilla, la gabardina y el sombrero. Con la cabeza baja, cosa de un minuto después, subía Colé a bordo.

—Ya era hora —farfulló una voz, al otro lado de la cubierta—. Ve al santuario. Wong. Hay convocatoria solemne. Yo tengo servicio de vigilancia aquí.

Asintió en silencio el falso Wong, con paso presuroso. Por fortuna, al mencionar *el santuario,* el chino de guardia en cubierta había hecho un ademán mecánico hacia una determinada escotilla iluminada débilmente. Hacia ella se encaminó Colé, siempre cabizbajo.

Alcanzó la escotilla. Descendió una escalera. Desde alguna parte de su cuerpo, el *bip-bip-bip* continuaba inexorable. ¿Seguiría captándolo Lena? Tal vez a bordo perdería intensidad.

Olvidó esa incertidumbre, para concentrarse en lo que hacía. Vio una cabina donde se alineaban las gabardinas grises y los sombreros, colgados todos de una larga percha.

Hizo igual con la suya. Luego, empujó suavemente una puerta.

Se halló en otra cabina, donde otro oriental vigilaba, con un sable *Shinai* en sus manos. Bajó la cabeza Colé cuanto pudo, bajo la débil luz del techo, y musitó un breve saludo en chino.

El guardián, mecánicamente, respondió igual, sin mirarle apenas. Colé empujó un denso cortinaje negro. Se halló en otra antecámara, provista de otros cortinajes ante él. Los pasó, igualmente.

Y se halló en pleno santuario, frente a los ojos amarillos, que parecían clavarse malignamente en él.

* * *

Ojos diabólicos. Ojos de un gigantesco felino invisible, acaso de un negro que se fundía con la oscuridad. Ojos enormes, flotantes en la nada, pero amenazadores, penetrantes y fríos.

Debajo, seis virginales cuerpos de mujer, revelando su desnudez sensual bajo las túnicas transparentes, amarillas. Y en torno, ocupando los largos bancos curvados del hemiciclo, una muchedumbre de cabezas rapadas y túnicas amarillas.

Las mujeres desnudas se movían en una danza voluptuosa, que pretendía ser esotérica y resultaba procaz para un observador frío y desapasionado como Colé. Observó que un cuerpo humano aparecía tendido bajo los amarillos ojos gigantescos. Era el de Kwan Shang, fuertemente ligado de pies y manos. Colé se estremeció. Parecía vivo aún.

Las vestales le rodeaban en sus evoluciones, se friccionaban con él, como en una pantomima de posesión o de contacto carnal. Luego, ellas se acariciaban y besaban entre sí, mientras los asistentes oraban en murmullos melodiosos.

Colé olfateó el maldito olor viscoso, dulzón. Notó que le zumbaban las sienes. Miró las columnas de humo de los pebeteros.

El humo alucinógeno. La droga vegetal, quemándose en los pebeteros. Ellos estaban habituados. No sentían sus efectos. Se preguntó si él podría resistirlo.

Aquello tenía todas las trazas de convertirse luego en una orgía pseudoreligiosa. Alguien manipulaba muy bien el prestigio santurrón de Ly Nam Bo y de sus fieles. ¿0 el propio Ly Nam Bo había convertido su fervor religioso en una forma de delito racial?

El propio Ly Nam Bo apareció ahora en escena, apagándose los murmullos. Una música voluptuosa brotó de alguna parte. La llama de los pebeteros, se avivó. El aire se cargó de aromas exóticos y dulzones,

que embriagaban los sentidos. Colé intuyó que ejercía influencias sexuales en la gente. Notó que las doncellas aumentaban el frenesí de su danza y hasta se enroscaban lascivamente en torno al viejo místico.

— ¡Oíd, hermanos todos! —clamó la voz rasposa del viejo chino, alzando ésta al aire sus brazos flacos y sarmentosos—. ¡Yo me presento en persona ante vosotros, como el profeta del *Gran Maestro Amarillo* que conducirá nuestra *Cruzada* al triunfo final sobre el Occidente destruido! ¡Aquí tenéis a un hermano nuestro de raza, traidor a su color, a su sangre, vendido a los occidentales tiranos! ¡El es símbolo de lo que no debe ni puede existir en nuestros pueblos asiáticos, y como tal será aquí aniquilado ante todos vosotros, en un sacrificio purificador del alma oriental!

Un clamor de júbilo atronó el aire. Una llameante cruz *esvástica* flotó bajo los fulgurantes ojos amarillos, como símbolo de aquella fanática masa. Fue acogida con nuevos gritos de complacencia y exaltación.

— ¡Ahora… adelante con el sacrificio, que las hermosas sacerdotisas del *Gran Maestro* van a cumplir ante vosotros! ¡Que la sangre del traidor, sirva para purificamos más a todos!

Comenzó una especie de melopea susurrante, acaso un rezo. Las muchachas desnudas se acercaron a Kwan. Le rodearon. Una de ellas fue hacia la cruz flamígera. Como surgida de la nada, apareció en las manos de la doncella un temible sable oriental, un afilado *kozuka* que centelleó a la luz de los resplandores llameantes.

Lo alzó sobre Kwan Shang. El fin de la ceremonia, sin duda, era cortar la cabeza al sacrificado. Frank se dispuso a actuar, aunque sabía que era una completa locura y significaría el fin de los dos, en medio de aquella turba fanatizada.

En aquel preciso instante, sucedió algo imprevisible. Algo que todavía empeoró más las cosas…

Capítulo VIII

«EL MAGO DE OZ»

— ¡Esperad, hermanos todos! —tronó una voz poderosa, que retumbó en toda la sala.

Se hizo un silencio impresionante. Hasta la ejecutora mantuvo en alto el *kozuka,* y luego lo bajó lentamente, sin herir a Kwan.

— ¡Os habla vuestro *Gran Maestro Amarillo!* —tronó la voz poderosa—. ¡Escuchadme bien! ¡Vamos a proceder a un nuevo ataque contra esos malditos occidentales... y serán de nuevo nuestros enemigos mortales, los *Dragones de Oro,* quienes aparezcan como presuntos culpables ante su sociedad y su mundo, para que no dude nadie de su peligrosidad, y sean exterminados! ¡Mirad! ¡Nuestros tres heroicos luchadores, vuelven a representar sus papeles, como en la Convención!

Y al abrirse uno de los negros cortinajes, aparecieron tres *dobles* perfectos de los *Tres Dragones de Oro.* Nuevamente, la reproducción era de una fidelidad increíble. El rubio Frank Colé, la oscura Lena Tiger, el aceitunado Kwan... Idénticos. Imposible de distinguir de los verdaderos.

—Ellos, como entonces, matarán y destruirán. Y obtendrán fondos para nuestra guerra gloriosa y sagrada contra el hombre de Occidente.

Colé entendió. Un alivio súbito y profundo se extendió por todo su ser. Una sensación de ligereza, como la pérdida de un pesado y terrible lastre, dio alas a sus pensamientos, a su espíritu. Volvía a ser él. Volvía a sentirse como antes, ahora que sabía que, ni un sometido control ajeno, había llegado a teñir de sangre sus manos.

Eran otros. Contrafiguras. Simples *sosias.* Caracterizados, como él mismo ahora...

—Los *Dragones* no admitían nuestro control mental. Pues bien: los creamos a nuestro gusto, y los enviamos a matar. ¡Es nuestra guerra, y en ella todo está permitido por el triunfo final de Asia toda!

Nuevos clamores triunfales acogían sus palabras encendidas, atronadoras. Los ojos amarillos parecían centellear, allá sobre sus cabezas. Ojos sin rostro, sin formas alrededor. Un fraude más, sin duda. Simples proyecciones, un juego de luz y sombra.

Colé se dispuso a atacar, aunque pereciera allí mismo. Sería una dulce muerte ahora, sabiéndose inocente por completo, limpio de toda gota de sangre.

La voz remachó, inesperadamente, con poderosa entonación:

— ¡Sabed que ahora mismo, uno de vosotros, ahí dentro, es otro traidor que quiere vendernos! ¡Un emisor de ondas de radio ha sido detectado, y vamos a localizar al intruso que comunica con el exterior inmediatamente! ¡Si es otro de los *Dragones de Oro,* no hará falta que su gente le destruya! ¡Nosotros lo haremos por ellos!

Los presentes se miraron entre sí, recelosos y sorprendidos. Súbitamente, unas luces potentes, inesperadas, se derramaron sobre toda la sala. El engaño, con aquella claridad, era imposible ya.

Colé se puso en pie bruscamente, dispuesto a todo. Muchas manos le señalaron.

— ¡Allí! —gritaron varios—. ¡Es él! ¡Está allí!

Frank Colé, entonces, hizo lo único que le era dado hacer. Saltó adelante. Se abrió paso hacia el escenario del extravagante templo, en vez de intentar la fuga del remolcador en cuyo interior se alzaba el santuario de los fanáticos *Cruzados* amarillos.

Se abrió paso a golpes, con virulencia suprema. Sus manos eran como hachas demoledoras, sus piernas se disparaban acá y allá, golpeando, rompiendo huesos, derribando enemigos, en su camino hacia el borde del escenario.

Los abatía uno tras otro, malheridos, inconscientes o muertos. Eran mazazos con sus puños en *Tsutchi-Ken* o en *Han-Utchi-Ken,* con sus talones golpeando mortalmente o quebrando tibias, con sus manos como cuchillos, rompiendo tráqueas o hiriendo de muerte en la nariz y en las sienes.

Cuando su elástica figura saltó ágilmente al escenario, cubierto aún con aquella túnica amarilla, un reguero de varios cadáveres y hombres inconscientes señalaba su paso hacia él.

La ejecutora desnuda, se precipitó sobre él, emitiendo un grito ronco y alzando su afiladísimo *kozuka* para decapitarle.

Colé no tuvo contemplaciones, aunque fuese una mujer. Le disparó su pierna contra las de ella, alcanzándola con un talonazo brutal en la tibia. Chascó ésta, rota, y la vestal rodó con un alarido de intenso dolor, soltando el *kozuka,* que Colé cogió al vuelo, encaminándose recto hacia el viejo santón.

— ¡No, no me haga nada! —gimió en perfecto inglés el anciano Ly Nam Bo—. ¡No me haga nada, por Confucio!

Colé le dio un empellón, derribándole por el escenario sin más daño, cuando ya dos docenas largas de hombres de amarillo saltaban en pos de él, para darle caza.

Frank se precipitó sobre los negros cortinajes que ocultaban el trucaje de aquella inmensa farsa y, exasperado, tiró de ellos con ambas manos, violentamente, sujetando el *kozuka* entre sus dientes.

Desplomáronse dos cortinajes negros, pesados... y detrás de ellos, se reveló, claramente, una cabina de vidrio, bien iluminada, con un juego de sonido estereofónico en su interior.

Y con un micrófono ante el que hablaba, con grandes ademanes elocuentes, un hombre insignificante. Un hombre que era *la voz del Gran Maestro Amarillo.*

Un hombre., que ni siquiera era de raza oriental, que no tenía

ojos almendrados ni piel aceitunada.

Un hombre tan occidental como el propio Frank Colé. Un hombre cuyo rostro, últimamente, había sido también muy difundido por televisión a todo el país.

Los leales de túnica amarilla, estupefactos, se detuvieron en seco, cuando clamaba la voz del *Gran Maestro,* ante el micrófono, mientras sus ojos seguían en un monitor los sucesos de la sala, captados por televisión en circuito cerrado:

— ¡Matadle! ¡Matad al intruso! ¡Debe ser Frank Colé, el *Dragón de Oro!* ¡Matad...le...!

Su voz falló. Desorbitó los ojos, al verse descubierto con sus subterfugios sonoros. Al verse desenmascarado por sus leales, que le contemplaban atónitos, sin creer lo que veían.

Aquel hombre era Alvin Grant, presidente de la Convención Internacional Benéfica de *Budokas* mundiales. El hombre que había sido robado ante el país entero. El que informaba a la opinión pública del peligro que significaban *Los Tres Dragones de Oro*...

* * *

— ¿Veis a vuestro amo y señor, al que había de liberar Asia toda de la garra occidental? —Señaló Frank, acusador, hacia la cabina y su solitario ocupante—. Ni ¡siquiera es de vuestra raza! ¡Vedle! ¡Es un farsante, un vulgar criminal, un delincuente que os utiliza a todos vosotros, que se burla de vuestra fe y de vuestras creencias, para usaros como asesinos a sueldo! i ¡Sólo busca dinero, y nada más! ¡Lo demás es simple ropaje, es sólo carpintería teatral! ¡Ved los *ojos amarillos!* ¡Simple juego de proyección de luces sobre fondo negro! ¡Ved su voz terrible! ¡Un vulgar equipo de sonido estereofónico! ¡Ved su espíritu liberador de Asia! ¡Un vulgar americano de piel y raza

blanca, que en nada se preocuparía de vosotros y vuestros sueños! ¡La fe y la religión de un pueblo, le servían de escudo para sus crímenes y delitos! Eso es todo, hermanos, amigos…

Y se quedó mirando, con pena y náuseas, al hombre que había movido toda aquella carpintería espectacular, para encubrir una simple cadena de crímenes organizados, que le reportarían una inmensa fortuna.

Ahora, los fanáticos todos, en grupos densos, amenazadores, se movieron hacia la cabina encristalada, como una sola persona. Su objetivo ya no era Frank Colé. Ni Kwan Shang.

Era el hombre que les había engañado, que se había burlado de ellos.

— ¡No, esperad! —clamó Alvin Grant, horrorizado, alzando sus brazos—. ¡Atendedme, no le hagáis caso a él! ¡Yo os juro que mis propósitos eran honrados, que amo a vuestro pueblo y que…! ¡Escuchadme! ¡Tenéis que escucharme!

No. No le escuchaban. Se movían, en marea creciente, para ahogar sus gritos y su vida. Frank Colé no podía detenerlos ya. Era imposible. Nadie detendría a aquella oleada de hombres burlados, insultados, escarnecidos.

Cuando los vidrios de la cabina se quebraron y comenzaron los aullidos de Grant, en pleno linchamiento, Frank Colé se limitó a murmurar, con voz apagada:

—Una vez más existe un *Mago de Oz*…[9]. Una vez más, apenas si hay nada tras una apariencia espectacular y grandiosa… Sólo mecánica, para fingirse lo que no se es…

En aquel preciso instante, sonaron silbatos y carreras sobre sus cabezas. Momentos más tarde, una oleada de policías uniformados y de paisano, invadían el interior del remolcador, y procedían a arrestar a las asustadas vestales desnudas y a los enfurecidos siervos del *Gran*

Maestro Amarillo.

Con ellos, llegaba Lena Tiger, esposada, pero feliz. Los policías habían acudido, al señuelo de capturar a los demás miembros de los *Dragones de Oro.*

Y, para asombro suyo, otros tres exactos *Dragones,* difíciles de diferenciar de los auténticos, permanecían en el escenario del santuario secreto, mirando con temor y sorpresa a las fuerzas policiales.

En la cabina destrozada, agonizaba un hombre, Alvin Grant, por el que ya nada podían hacer médicos ni policías. Su propia gente, sus leales, le habían triturado virtualmente.

Sólo tuvo tiempo de confesar, mientras los dos tríos de *Dragones* eran esposados cuidadosamente por la policía neoyorquina en tanto se aclaraba la verdad.

— ¡Ahora, sí! —suspiró Colé, cambiando una mirada con Lena Tiger. Luego, sonrió—. Ahora, creo que todo se aclarará. Y, por fortuna, Lena... nosotros siempre estuvimos al margen. Fuimos mejor de lo que imaginamos, y tuvieron que recurrir a unos *dobles,* ante nuestra resistencia a ser drogados y manipulados...

—Lo sabía —susurró Lena—. Algo interior me decía que ni tú, ni Kwan ni yo, podíamos ser asesinos. Ni siquiera bajo influencia hipnótica o de drogas... Estaba segura de ello... y con esa fe he luchado.

EPILOGO

Las cámaras de la televisión estaban transmitiendo un programa especial a todo el país.

Era como el epílogo de una retransmisión en directo que se había convertido en la más sangrienta y trágica de toda la historia de la NBC y, posiblemente, de la propia TV norteamericana.

El pueblo americano necesitaba conocer aquel final. Y lo estaba conociendo.

A la hora de mayor audiencia posible, todas las emisoras de televisión conectaron con Nueva York para emitir un programa especial en directo, con el desenlace imprevisible de la matanza del Waldorf.

Y los norteamericanos, atónitos, asistían al careo entre tres personajes que se habían hecho aquellos días tristemente populares, y otros que eran su idéntico reflejo, una reproducción exacta de los tres. El jefe de policía de la ciudad, junto con el alcalde y una representación de la Asociación Internacional de Artes Marciales, eran testigos de excepción en los propios estudios.

Cuando el presentador ordenó que los tres falsos *kudokas* fuesen desprovistos de su disfraz, una oleada de asombro recorrió el país.

Bajo los postizos, afeites y máscaras de plástico moldeable, no quedó nada que recordase a los *Tres Dragones de Oro.* Tres personajes completamente distintos, una mujer y dos hombres de raza oriental, aparecieron ante las cámaras, confesando haber sido los ejecutores de la masacre de aquella noche.

Luego, el propio Frank Colé habló ante las cámaras, para lamentar lo sucedido y explicar los hechos que condujeron a la solución final del enigma.

—Deberán excusar ustedes que el hombre que les hizo la

presentación de anteriores programas, el muy respetable caballero Alvin Grant, no esté aquí hoy con nosotros —sonrió Colé, para terminar, dirigiéndose a los telespectadores—. Pero en estos momentos, se encuentra su cadáver en el depósito, tras haber sido linchado por sus propios seguidores. Sobrevivió lo suficiente para confesar su ambicioso plan de dominar a una amplia serie de fanáticos asiáticos, deseosos de acabar con la hegemonía occidental que ellos consideraban tiránica, y de ese modo, bajo el pretexto de una especie de guerra santa, en defensa de los derechos y el poder del pueblo oriental, conducir a sus seguidores a una serie de delitos importantes, de golpes realmente decisivos, que le convertirían en un hombre fabulosamente rico, en la mayor impunidad.

Hizo una pausa, para añadir finalmente:

—Cuando sus seguidores descubrieron el fraude de que eran objeto, y la forma en que uno mismo de sus odiados occidentales era quien les dirigía desde el anónimo, fingiendo algo que no era cierto, y que sólo le servía de pretexto, se lanzaron sobre él, sin que fuese posible impedirlo, para vengar esa burla sangrienta. Ahora, dispersa y desorganizada esa peligrosa secta, detenidos sus principales dirigentes y cabecillas, la organización criminal de Alvin Grant ha dejado de existir. Y ese millón largo de dólares, producto de la generosidad de todos para con los niños de todo el mundo, ha vuelto a las manos que debían entregarlo a las Naciones Unidas para su finalidad benéfica. Señoras y señores, creo que ese es el mejor y más hermoso epílogo para una tragedia tan penosa y terrible. Y, por favor. Recuerden, si nos ven un día por la calle, que nosotros nunca llegamos a estar en aquella fiesta del Waldorf. Nosotros fuimos tan víctimas como los demás, del ingenio y crueldad de un hombre ambicioso y sin escrúpulos.

Se retiró Colé de la imagen. El presentador terminó el programa, y allí dio fin oficial y definitivamente, el caso de los *Cruzados*

Amarillos.

* * *

—Me alegra que todo terminara así —suspiró Shato Kodake—. Llegué a pensar que era una especie de *gafe* para vosotros y para todo el mundo.

—También a mí se me ocurrió la idea —rió de buena gana Kwan Shang—. Desde que llegaste aquel día a casa, bajo los efectos de la droga, no han cesado de ocurrimos desgracias. Pero hay que ver las cosas serenamente, y comprender que en ti no había culpa alguna, amigo mío. Todo estaba en la mente de ese hombre, de Alvin Grant. Una persona respetable, con prestigio, con buena posición social y económica... convertido en un genio del crimen. Así son las cosas.

—La posición económica de Grant no era tan buena como parecía —comentó Colé, pensativo—. Se ha descubierto que sus finanzas estaban en franca bancarrota, a causa de amantes costosas, juego y drogas. Todo eso debió desequilibrarle y convertir a un hombre hasta entonces intachable, en un asesino peligroso y despiadado. Pero nos temía y quiso deshacerse previamente de nosotros.

—Cuando escuchaba tu señal y fui sorprendida polla policía, que había captado esos sonidos con uno de sus detectores, creí que todo estaba perdido —suspiró Lena, moviendo la cabeza—. Me esposaron y me iban a conducir a los calabozos, cuando logré persuadir al oficial de policía que me capturó, de que esas señales provenían de un emisor que tú llevabas. No se creyó una palabra sobre nuestra inocencia, pero la posibilidad de capturar de golpe a todos nosotros, le alentó a seguir el sonido y llegar hasta él. De ese modo alcanzamos el remolcador en el East River. Cuando íbamos hacia allá, pedía al cielo que no se

echase todo a rodar irremisiblemente, sin que nosotros pudiésemos demostrar nuestra inocencia.

—Y el cielo te escuchó —dijo Colé, sonriente—. Llegasteis muy a tiempo. No sé aún cómo hubiera terminado la aventura, después de linchar los enfurecidos *monjes* a su jefe supremo. Tal vez la hubieran emprendido con Kwan y conmigo, nunca se sabe. Prefiero que todo sucediera tal como sucedió. Ha sido el mejor final para todos… menos para Alvin Grant.

—Él no merecía otro —opinó Shato.

—Quizá —Frank paseó por la estancia, pensativo—. Pero uno empieza a sentirse cansado de tanta y tanta violencia. Vivimos en un mundo cruel, casi feroz. La gente termina por insensibilizarse, incluso ante hechos como el de la retransmisión televisada de aquella matanza, quizá porque cada día, a cada momento, lee, ve y oye noticias de todo el mundo, en las que se habla de sangre, muertos, suicidios, asesinatos, linchamientos, accidentes, hecatombes, terremotos… Un muerto, cien muertos, incluso un millón de muertos, ya no significan nada. La gente es indiferente a todo dolor ajeno. Hemos perdido nuestra humanidad, nuestra ternura, nuestra compasión. Y todo es por esa espiral de violencia que nos sacude.

—Frank, a veces la violencia es inevitable. Tú mismo, para abrirte paso hasta Kwan, hasta el jefe de la secta después… abatiste a un sinfín de enemigos por el camino —le recordó Shato.

—Tienes razón. Y eso es lo que me duele. Era inevitable, porque la violencia me rodeaba, y yo luchaba por una causa que creía justa. Pero hubiese preferido evitarlo, no tener que golpear, herir e incluso matar. No debe ser así. Hemos aprendido, al llegar al conocimiento del *Zen,* al dominar las *Artes Marciales,* que jamás debe uno utilizar esos medios contra nadie, a menos que los demás nos obliguen. Lo doloroso es eso: que nos obligan. Y tenemos que luchar y matar. O

seríamos nosotros los muertos. Y ya no se trata sólo de simple egoísmo, sino de. una lógica necesidad de supervivencia. Y de poder continuar la lucha, en bien de los demás. Nos hicimos ese propósito, y lo intentamos cumplir. Pero nos gustaría que nosotros no fuéramos necesarios en el mundo. Que no fuese preciso luchar para imponer la ley, para ayudar a los desvalidos, para hacer justicia, para proteger a los débiles. Sería la mejor prueba de que el mundo no necesitaba nada, porque todo era justo, todo era honrado.

—Sueñas utopías, Frank —suspiró Kwan Shang, sonriendo—. Ese mundo ideal nunca existirá sino en nuestros propios deseos. Jamás se materializará. Seguiremos siendo necesarios. Nosotros, y cuantos como nosotros luchan porque las cosas sean más justas para todos.

Hubo un corto silencio. Frank Colé, desde la ventana del hotel donde se alojaban, contempló la jungla de asfalto y cemento, de acero, hierro, hormigón y vidrio, que era Nueva York.

Una inmensa colmena, llena de seres, de vidas, de gentes distintas. Como todos los lugares del mundo. Un sitio donde se luchaba ferozmente por sobrevivir, por llegar, por subir… o por no caer.

—Sí —musitó, sin volverse, la mirada perdida en los gigantescos rascacielos que tapaban el cielo—. Tienes razón. Todo seguirá igual. Ahora y siempre…

Shato y Kwan hablaron de ir a pasear un poco por la ciudad de los rascacielos. Lena no se prestó a acompañarles. Colé, tampoco.

Se quedaron solos ellos dos.

Lena se levantó despacio. Caminó sin ruido, felinamente, hasta llegar junto a Frank Colé. Su mano se alargó. Apoyada en el hombro de Colé, le hizo volverse hacia ella. Su otra mano, jugueteó con el cuello de la camisa del dragón de oro bordado, y sus ojos se encontraron con los de su camarada.

—Frank...

— ¿Sí? —enarcó él las cejas, mirándola curioso.

—Frank, cuando empezó todo esto... Antes de empezar todo, en realidad...

— ¿Si?

—Cuando Shato se introdujo en nuestra casa de San Francisco con la orden mental de asesinarnos por mandato de Alvin Grant...

—Termina. ¿Qué vas a decir, Lena?

—El... él interrumpió en ese momento una escena. Algo que estábamos hablando tú y yo. Bueno, hablando y...

— ¿Y qué? —sonrió Colé, sin desviar de ella sus ojos.

—Y lo demás —elevó sus brazos lentamente, rodeando el cuello de Frank Colé, atrayéndole suave, felinamente hacia sí. Sus carnosos labios entreabiertos, eran una invitación jugosa, deseable. Su cuerpo moreno, vibraba de pasión.

—Lena...

— ¡Oh, Frank .! ¿Por qué no... no reanudamos aquello... como si nada hubiera sucedido?

—Sí, ¿por qué no? —murmuró él.

Se inclinó. Rodeó a Lena Tiger con sus brazos. Sus bocas se aproximaron...

En ese momento, sonó el teléfono. Se rompió el encantamiento.

— ¡Oh, no...! —se quejó Lena, mirando con odio al aparato telefónico, que seguía sonando.

—Un momento —sonrió Colé, acercándose—. Será muy breve, Lena...

Pero no era breve. Descolgó.

—Frank Colé, hotel Waldorf —dijo—. ¿Quién llama?

Una voz angustiada, al otro extremo del hilo, casi gritó, pudiendo escuchar Lena su voz, puesto que se había acercado a Frank,

mimosa.

— ¡Señor Colé! —clamó aquella voz exasperada—. ¿Es usted uno de los *Tres Dragones de Oro?* Por favor, es *muy* urgente... Necesito ayuda. Estoy en peligro. Es cosa de vida o muerte. Un terrible peligro nos acecha a todos... ¡Tiene que atenderme, tiene que venir en seguida!

Era una voz de mujer. Una voz asustada, llena de desesperación, de miedo.

—Sí —dijo Frank, inquieto—. Voy en seguida... ¿Su nombre, su dirección?

Era un nuevo asunto para los *Dragones de Oro* Lena Tiger, irritada, dio un golpe de tacón en el suelo, y airadamente, salió de la habitación del hotel dando un portazo.

La escena había vuelto a interrumpirse indefinidamente.

F I N

¡LOS HOMBRES SÓLO VEÍAN EN ELLA A LA
DESEABLE! ¡LORENA DEFENDÍA SU VIRTUD
A LA VEZ ANSIABA SER AMADA! ¡TODO SU CU
PEDÍA AMOR!



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PT

Notas

[←1]

Centro Mundial del Judo, en Tokio.

[←2]

Véase el titulo anterior del mismo autor. Los Jarrones de la muerte, publicado dentro de la serie ¡Kiai!

[<-3]

Estos hechos se relatan en el número 9 de la serie ¡Kiai!, primer título del autor. Tres Dragones de Oro.

[←4]

La situación que menciona Colé, se da en el primer número de lo< títulos de esta serie dedicados a los mismos personajes, y obra del mismo autor. Exactamente el volumen número 9, titulado Tres Dragones de Oro.

[←5]

Situación relatada en Los jarrones de la muerte, de esta misma colección.

[←6]

Téngase en cuenta que en Estados Unidos, las cabinas tienen, también, su número determinado de teléfono. (N. del E.)

[←7]

Nudies. Una especie de cine erótico, muy extendido en Estados Unidos y también en países orientales, sobre todo en Japón, que fue precursor directo del actual cine pomo. Como su nombre indica, el desnudo era básico en tales producciones.

[←8]

El ***tonfa*** es una antigua arma oriental, usada en Artes Marciales. Consiste en una madera dura, de un medio metro de longitud, con un pivote redondo cerca de uno de sus extremos. Forma parre de las armas del ***Kobu-Jitsu.*** Se empuña por el pivote, de tal modo que la parte larga quede pegada al antebrazo, y la corta sobresalga más que el puño. Los golpes y defensas se efectúan así como en el ***karate…,*** pero con el ***tonfa.***

[←9]

En El ***Mago de*** Oz, lamoso cuento de Frank L. Baum, llevado al cine, al final se revela que el poderoso mago que asusta a todos, es sólo un hombrecito, un charlatán insignificante, que utiliza truco: mecánicos para fingirse grande y temido.